

UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA

# La Crisis de la Universidad

## ORACIÓN INAUGURAL

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1908 A 1909

LEIDA POR EL

**DR. D. DOMINGO MIRAL**

Catedrático de Lengua y Literatura  
griegas  
y de Gramática comparada.



SALAMANCA

IMP. DE "EL CASTELLANO," DE ALMARAZ Y COMP.

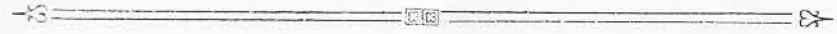
1908.



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

CIVIL DOS UTALES

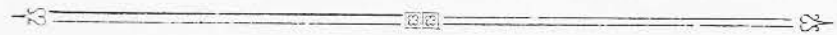




*Oración inaugural*

DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1908 Á 1909.





UNIVERSIDAD LITERARIA DE SALAMANCA

# La Crisis de la Universidad

## ORACIÓN INAUGURAL

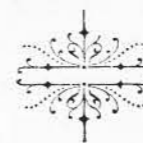
DEL

CURSO ACADÉMICO DE 1908 A 1909

LEIDA POR EL

**DR. D. DOMINGO MIRAL**

Catedrático de Lengua y Literatura  
griegas  
y de Gramática comparada.



SALAMANCA

IMP. DE "EL CASTELLANO," DE ALMARAZ Y COMP.

**1908.**







*Excmo. é Ilmo. Sr.*

**S**EGURO de interpretar el sentimiento unánime de todos vosotros, quiero dedicar mis primeras palabras á la memoria de nuestro llorado y distinguido compañero y maestro, D. Enrique Gil y Robles.

No son éstos lugar ni tiempo oportunos para estudiar la alta y compleja personalidad de aquel insigne maestro, admirable por la elocuencia de su palabra, soberana y avasalladora; admirable por la fuerza de su clarísimo entendimiento; admirabilísimo por la sólida y duradera ejemplaridad de su largo magisterio y mucho más admirable todavía por sus virtudes cívicas y cristianas, forjadas sobre el yunque de una labor, nunca interrumpida; y acrisoladas y purificadas con el ven-





cimiento y menosprecio de las más sugestivas tentaciones.

Consagremos también un afectuoso recuerdo á otro ilustre y querido compañero, D. Julio Nombela y Campos, fallecido pocos días después. Hombre de trato fino y exquisito, de variada y extensa cultura, ha muerto en la plenitud de su vida y de sus facultades; los frutos sazonados de su ingenio y su ardor de trabajador infatigable nos daban derecho á ver en él un adalid esforzado de las letras españolas.

Sea este sencillo recuerdo una como ardiente y fervorósísima oración, que, nacida en aquellas ocultas y secretas moradas de las almas, á donde nunca penetran las aguas turbias de las tempestades de la vida, se eleva, en alas de su misma pureza, hasta el trono de Dios misericordioso.

Y cumplido este piadoso deber, dispongámonos á discurrir algunos instantes sobre un tema que la realidad pone á nuestra consideración con el imperio de todas las necesidades urgentes. El espíritu humano, harto más poderoso para destruir que para conservar y edificar, desconfía seriamente de sus obras y aun de su mismo poder, y sus más altos representantes tienen particular empeño en recargar las sombras de la vida y proclamar, á voz en grito, la bancarrota de todas las instituciones humanas y el naufragio próximo de la misma sociedad.

Sobre los pueblos de raza latina, especialmente, parece que se cierne aquél genio maléfico que inspiró á Lucrecio los acentos desgarradores de su lira ensangrentada. Los dioses huyen de los altares; la religión toca á su fin; la moral está en quiebra; el arte ha terminado su misión; la observación y la experiencia se han bajado ya de su pedestal y dejan incumplidas sus promesas de

mejorar las condiciones de la vida; la razón, la omnipotente razón que, engalanada con los atavíos democráticos de una deidad popular, iluminó con siniestros resplandores su cuna que flotaba sobre charcos de sangre, ya no es foco de potente luz, sino lámpara débil que apenas irradia algunos rayos mortecinos; no es el Hércules vigoroso, cuyos robustos brazos habían de colocar los sillares incommovibles del templo, levantado al porvenir de la Humanidad, libre y dignificada; es una vieja rugosa y enflaquecida, condenada á girar eternamente, como en danzas de aquelarre, alrededor de fantasmas impalpables.

Claro es que en esta universal ruina no podía faltar la ruina de la Universidad, cuyas raíces seculares están ya tan carcomidas que, á duras penas, pueden sostenerla en pié. La Universidad ya no es "el tesoro de donde proveo á mis reinos de justicia y de gobierno", según palabras de Carlos V al visitar esta Escuela; es un frío panteón, donde arrastran su miserable existencia unas cuantas sanguijuelas del Estado. No es el alcázar de la sabiduría, sino "templo de rutina y ramplonería". Es asilo de hospicianos y filisteos, no taller vivo donde puedan ensanchar su entendimiento y templar su voluntad los que han de seguirnos en las sendas de la vida; es una vieja y resquebrajada fortaleza feudal, en cuyos sombríos claustros aletea el helado y siniestro espíritu de San Ignacio de Loyola, cuyo poder é influencia no han podido destruir todas las revoluciones de la política, ni todas las renovaciones de la pedagogía. (1)

(1) Para evitar fatigosas citas de artículos, folletos, discursos parlamentarios, oraciones inaugurales y libros, en los cuales se aplican á la enseñanza, en general, y á la Universidad, en particular, las calificaciones á que me refiero en esta introducción, remitiré al lector á las siguientes obras:

*El Problema nacional*, de Macías Picavea.



No es más halagüeña la situación del profesorado; nuestro estado mental es desdichadísimo; causa de no pocas desventuras sociales y obstáculo insuperable para toda tentativa ulterior de progreso y mejoramiento social. No sentimos curiosidad por nada de cuanto nos rodea; somos autoritarios, ineptos y recelosos; opresores y desconfiados; carecemos de iniciativas, de recursos y del sentimiento de solidaridad. La ciencia, que hemos aprendido, es muerta, como la ciencia que enseñamos. Procedemos de las ínfimas capas sociales y, entre éstas, de las familias más desquiciadas; denunciamos á tiro de ballesta, la bajeza de nuestra procedencia, con nuestra grosería y tosquedad, con nuestro carácter esquivo y descortés, y con nuestra falta de educación, que ahoga en nuestras éticas almas los naturales instintos de sociabilidad. El corte y brillante colorido de estos ropajes académicos y el uso de las levitas flamantes y correctas han mantenido durante algún tiempo nuestro prestigio, pero la flaqueza del presupuesto y los ahogos, siempre crecientes, de la vida nos imponen con poder incontrastable las levitas raídas y de poco pelo. Y

*Psicología de la educación*, de Gustavo Le Bon.

*A quoi tient la supériorité des Anglo-saxons*, de Ed. Demolins.

*L'éducation nouvelle*, del mismo autor.

*Errores en materia de educación*, de D. Eduardo Benot.

*De la enseñanza superior en España*, de D. Miguel de Unamuno.

*Meditemos (cuestiones pedagógicas)*, de D. Ed. Ibarra.

\* Debo hacer mención especial de los briosos y disolventes artículos publicados en *Cultura Española*, por mi querido amigo D. Julian Ribera. Discrepo de tan autorizado maestro, en el concepto de la *ciencia viva* y de la *ciencia muerta*, base cardinal de sus tremebundas catilinarias, ni creo en la *muerte*, como atributo esencial de todo lo pedagógico; pero, en general, su crítica me parece certera y saludable. ¿Porqué no han de formar un volumen, evitando las molestias de la lectura diseminada en los números de una revista? Ante el letargo, con caracteres de muerte, todas las voces, por estridentes que sean, son pocas para despertar al dormido.

es cosa averiguada; la levita desacreditada nos arrastra indefectiblemente en su caída.

Bien se deja ver cuáles serán la lozanía y empuje de los hombres que en tal Universidad se crían y con tales maestros se educan. Jóvenes sin vigor muscular y con el cerebro entenebrecido y recargado de fórmulas cabalísticas que carecen de sentido y no podrán aplicar nunca á las necesidades de la vida; hombres fracasados que, impotentes para orientarse en las rápidas y entrecruzadas corrientes de la vida moderna, no ven delante de sus ojos más que estos dos caminos: el servilismo político y la esclavitud burocrática que les despojan de su dignidad de hombres; ó el descontento y la rebelión que les convierten en revolucionarios y rabiosos enemigos de todo orden social.

Estos son los estudiantes, éstos los catedráticos y ésta la Universidad en los tiempos felices que corremos. ¡Ah! Y no creáis que pueda decirse ahora aquello que dicen, que se dijo en este mismo paraninfo. ¡*Ilustres jurisconsultos, famélicos artistas, mugrientos teólogos!* No: la sentencia es categórica y comprende por igual á todos los profesores, sin exceptuar á los de primera y segunda enseñanza. El proceso, instruido contra nuestras instituciones docentes, ha sido rapidísimo, los cargos, abrumadores y la sentencia, dura é inapelable.

La Universidad y los catedráticos han permanecido mudos; ¿á qué obedece nuestro silencio? ¿Es cierto que la tiranía de los muertos pesa sobre la Universidad con tan enorme pesadumbre que la priva de todo movimiento y la impide cambiar de posición, para que pueda mirar de frente el sentido y los problemas de la vida moderna? Pues, entonces; dejemos la Universidad y vayámonos á nuestras casas. El hambre y la miseria





antes que la degradación y la impotencia. ¿Es calumnioso lo que se ha dicho y escrito y se la achacan defectos que no tiene ó se la exigen responsabilidades en que no ha incurrido? En este caso, tenemos la obligación sacratísima de intervenir en la contienda, para decir la verdad con la cara alta y el corazón en la mano, porque el amor á la verdad sincera, á la verdad absoluta, sin restricciones ni límites de ninguna clase, sin respetos ni consideraciones á nada ni á nadie, como no sea á los dictados de nuestra propia conciencia, es el más fundamental é ineludible de todos nuestros deberes.

Yo lamento que las circunstancias me hayan puesto á mí en el caso de abordar este difícil y delicadísimo problema, y no, ciertamente, porque me asusten recelos ni temores infundados de llamar á las cosas por sus nombres, sino porque mi natural torpeza no me permita recoger todos los hilos de esta trama complicadísima, para orientarme con seguridad en este oscuro laberinto de las discusiones pedagógicas

---

I.

De cómo los políticos españoles no abordan de plano el problema de la enseñanza.

“Si era teatino y se ahogó, cuenta le tendrfa..” Estas palabras, que el saludísimo P. Isla hace pronunciar al alcalde de Villaornate, declaran una cualidad muy característica entre nosotros, los españoles; abandonamos siempre el camino real, para estrellarnos por sendas y vericuetos. Nuestra diplomacia ha fracasado siempre por estar excesivamente dotada de una virtud que parece, á primera vista, garantía segura de todo éxito diplomático; la suspicacia.

Pero esta suspicacia nuestra dista mucho de aquella prudencia y cautela que todo hombre de mundo necesita para gobernarse con acierto en todas las situaciones de la vida; no es la previsión de la zorra, que examina con diligencia las huellas de todos los que la han precedido en su visita á la cueva del león enfermo; es la torpeza del grajo que, disfrazado de paloma, no acierta á disimular su condición de grajo, y, mezclado entre los suyos, no sabe quitarse su disfráz, para que le arrojen de su compañía á picotazos. Nuestro afán es ir siempre á caza de segundas intenciones y, naturalmente, cuanto mayor sea el tesón con que buscamos el artifi-



cio, tanto más nos alejamos de la verdad. Entre nosotros será verdad eternamente aquella sentencia: *la más hábil diplomacia son la honradéz y la sinceridad.*

Por desdicha nuestra no es necesario buscar ejemplos en el campo de la historia, para convencernos de esta triste verdad, que tanto daño nos ha hecho y ha de hacernos todavía. En estos momentos (14 de Julio) se cierne sobre el horizonte político el problema catalán, rodeado de peligros é incertidumbres: se habla de actitudes decisivas y de medidas enérgicas y radicales. Aunque dominan temperamentos de prudencia y sepan evitarse las precipitaciones y torpezas de una conducta suicida, el problema catalanista, que es el de todas las regiones españolas, ha de perturbar durante mucho tiempo el sueño de nuestros políticos y, sin embargo, el catalanismo se debe, única y exclusivamente, á las pasiones, nunca contenidas, de una gran parte de la prensa madrileña y á las intemperancias y desplantes de algunos mangoneadores de nuestra política.

La erudición del españolísimo Milá y Fontanals, las ternezas y suspiros poéticos del Gaiter del Llobregat, los austeros y dantescos gemidos de Aguiló, la efervescencia poética de los Juegos Florales, entre cuyos asíduos concurrentes se destaca la ciclópea y gigantesca figura de Verdaguer, no dieron, no podían dar; no hubieran dado nunca todo el desinterés, todo el entusiasmo, toda la pasión necesarios, para que un ideal fermente y se desarrolle, con tanto empuje y lozanía, entre un pueblo tan receloso y trabajado por todas las discordias intestinas, como era el pueblo catalán hace diez ó doce años. Los cuatro *pelagats*, (con este nombre despreciativo se les designaba) que, por entonces, se reunían de tarde en cuando en miserables,

y, á veces, hediondos locales, carecían de toda influencia social y apenas podían reunir fondos, para pagar el alquiler de sus raquíticas viviendas. Con aquellos elementos hubieran sido necesarios muchos siglos, para que el sentimiento catalanista pudiera desenvolverse hasta arrollar todo otro sentimiento y ahogar todo germen de discordia.

Pero llegaron la hostilidad de la prensa madrileña y las molestísimas é irritantes inquisiciones á que en el Parlamento se sometía, un día y otro día, el patriotismo del Dr. Robert, (cuya honradéz y sinceridad de palabra nadie podía legítimamente poner en tela de juicio) y como se agita y pone en movimiento la superficie tranquila de las aguas al contacto de los vientos huracanados, que anuncian la tempestad, así se removían y agitaban los espíritus y arreciaban las protestas y se exaltaban las pasiones, cuando llegaban á Cataluña las imputaciones maliciosas, las reticencias mortificantes ó las criminales acusaciones. Desde entonces la suspicacia de la prensa madrileña ha caminado siempre en línea recta y ha continuado con tenacidad creciente, digna de mejor causa, su campaña sistemática de hostilidad á Cataluña.

Ya es inútil toda tentativa de reconciliación; en vano dirán los catalanes que se puede ser español y catalán á un mismo tiempo, que ellos lo son con toda su alma y con todo su corazón, que, en mil ocasiones distintas, han empapado en sangre catalana la bandera de la patria; que son numerosos é indestructibles los lazos, que les unen á las demás regiones hermanas; que no quieren, que abominan el separatismo infame; que sus protestas van dirigidas contra este centralismo que nos ahoga y envilece: tiempo perdido; si es teatino y se ahoga, cuenta le tendrá. Si quie-





ren robustecer los organismos infrasoberanos, si piden mayor independencia para los municipios y más libertad é iniciativas para las diputaciones; si pretenden aliviar las cargas enormes que pesan sobre el Estado y que apenas le permiten realizar las funciones de conservación; si intentan barrer el caciquismo, que nos tiene sujetos de piés y manos con sus mallas inextricables, por algo lo harán, su cuenta les tendrá; son teatinos. Y tanto porfían y tal empeño tienen en que los catalanes han de ser separatistas, que Dios sólo sabe lo que, al fin, puede ocurrir.

Este mismo prudente y sabio criterio aplicamos á las cuestiones de enseñanza. No escaseaban en España, ciertamente, maestros prudentes y sensatos, cuya sana y razonada crítica hubiera podido atenuar, ya que no suprimir completamente, los defectos y extravagancias á que se mostraban muy aficionados algunos maestros de las Escuelas y Universidades españolas. Luís Vives, el Brocense, Soto y otros muchos habían establecido con sabiduría suma los cánones fundamentales de una pedagogía docta y razonable. En los discursos del P. Feijóo se censuran con dureza los vicios dominantes en las escuelas de su época; el P. Isla trazó de mano maestra la silueta del maestro de Villaornate y del dómine Zancas-largas; resella sus frentes con el fuego candente de su mordacidad asoladora, pero nunca le ciega la pasión para reconocer el mérito, donde quiera que se encuentre, y nos dá la medida de su prudencia crítica, que hacía justicia hasta al insolente *Barbadiño*, con las siguientes palabras. "Y ya que hablamos de Juan Owen, no debe llevar á mal el P. Barbadiño que me den en rostro muchas cosas tuyas, cuando hago justicia al mérito de otras, siquiera porque no me comprenda la paulina del poeta al principio de un epígrama.

Desde luego te declaro,  
Lector de estos epigramas,  
Por necio, si alabas todo;  
Por envidioso, si nada! (Libro 2.º—Cap. 7.º)

Pero este criterio moderado no se avenía con nuestra propensión á suplantar intenciones y apareció el *Barbadiño*, ignorante, atrevido y superficialísimo; él ha sido y será el modelo sempiterno de todos los detractores de la enseñanza nacional. La clave de sus juicios no sería justa, pero era cómoda. Si son españoles y portugueses, no saben nada; ni gramática vulgar, ni latina, ni griego, ni hebreo; ni retórica, ni filosofía, ni metafísica, ni ética, ni física; ni medicina, ni cirugía; ni derecho civil, ni canónico.

Nada significaba que el doctísimo P. Losada hubiera publicado poco antes, aquí mismo en Salamanca, su *Curso filosófico*, donde se exponían y examinaban las nuevas teorías físicas de los "filósofos experimentales," y se juzgaban, no "en cerro y á destajo," sino con verdadera libertad é imparcialidad las doctrinas aristotélicas. No importaba que el ilustre matemático y filósofo P. Tosca, que leía en la Universidad de Valencia, "no solo nos diera larga noticia de todas las recientes sectas filosóficas, sino que aún se empeñaba el santo clérigo en que había de introducirlas en España, desterrando de ella la aristotélica." Era inútil que el famoso Antonio Gómez Pereira hubiera llamado á juicio y abierto brecha en las doctrinas del Perípato, antes que vinieran al mundo Bacon y Descartes, Gasendo, Newton y Leibnitz. Eran españoles y, de grado ó por fuerza, habían de ser torpes, ignorantes y aristotélicos.

Desde entonces no hemos tenido otro criterio en cuestiones pedagógicas: serán distintas las segundas intenciones que pretendemos descubrir á través de las polvaredas que levantan las discusiones sobre instrucción



y pedagogía, pero no nos resignamos nunca á ver las cosas en sí mismas.

El león, que ruga en torno nuestro, no es un verdadero león; debajo de sus melanas lleva la piel de zorra: el abismo, que se abre á nuestros piés, no es un peligro efectivo; es un alarde de sombría perspectiva, que ofrecéis á nuestra vista para espantar muñecos. Y así vamos de despeñadero en despeñadero y somos presa de las fieras y de las aves de rapiña.

Gustavo Le Bon pondera la enseñanza congregacionista en Francia y con abundantes textos de catedráticos oficiales demuestra su incontestable superioridad sobre la enseñanza oficial en la que el gobierno francés invierte tantos ríos de oro. La concurrencia que las Congregaciones hacen á los establecimientos del Estado, es temible y yo, agrega Le Bon, la calificaría de "bienhechora y útil, y nosotros no podemos menos de felicitarnos de su desarrollo. Yo no soy sospechoso, creo yo, de clericalismo; (también allí hay que prevenirse contra las segundas intenciones); pero confieso que si llegara á ser ministro de Instrucción pública, mi primer acto sería nombrar director de la enseñanza primaria y de la segunda enseñanza, al Superior de las escuelas cristianas, que ha obtenido tales resultados. Yo le daría completa libertad en cuanto á la elección de métodos y profesores, exigiéndole simplemente que renunciara á toda predicación religiosa, á fin de dejar á las familias completa libertad sobre este punto." Todos sabemos como los franceses han atendido las indicaciones del anticlerical Le Bon. "Lo primero, continúa diciendo, que habría que hacer para rivalizar con los Hermanos en cuanto á la enseñanza agrícola y profesional, sería estudiar sus métodos. Somos libres de tener en cuanto á las ideas religiosas, opiniones muy distintas de

las suyas, pero debemos tratar de tener bastante imparcialidad para reconocer su superioridad, sobre todo cuando se manifiesta tan claramente."

Eso le parecía al cándido Le Bon, pero sus compatriotas opinaban de distinta manera y para cortar de una vez y radicalmente la "competencia temible", contra la cual se declaraba impotente la enseñanza oficial, se expulsó de los dominios republicanos á los religiosos, aunque enseñaban bien y eran ciudadanos libres de la democrática Francia.

Aquí no sabemos hasta dónde llegaría la enseñanza privada, porque está agarrotada y presa entre el andamiaje laberíntico de la oficial y no puede desarrollar iniciativas de ningún género.

En cuanto á la pureza de los fines pedagógicos, estamos, cuando menos, á la altura de nuestros vecinos. Es inútil que nos cansemos; podría formarse una repleta biblioteca con los volúmenes que el *Diario de sesiones* dedica á las discusiones parlamentarias sobre cuestiones de enseñanza; pero eso es en la apariencia; en realidad son discusiones de política sobre motivos pedagógicos. La enseñanza *per se* es cosa trivial para atraer la atención de nuestros políticos excelsos. Saben muy bien que no puede desglosarse de otras funciones de la vida nacional y que, como todas ellas, arranca de la médula misma de las instituciones políticas: de la política vive y justo es que en los intereses de la política se inspire. ¿Quién se atrevería á tolerar que la enseñanza se convirtiera en ariete demolidor de nuestros robustos organismos políticos?

Dos espantajos infunden pavor en el ánimo de nuestros gobernantes, cuantas veces se detienen á pensar en la educación nacional. La libertad de enseñanza y la enseñanza de la religión. Ni estos son problemas, ni tienen la menor transcendencia pedagógica en España,



pero constituyen la obsesión de los políticos y les hacen ver en lontananza remolinos de polvo que les ciegan y escollos, preñados de peligros, que no se atreven á abordar. Temen ser devorados por la esfinge y no es lícito negarles el derecho á la vida

Un liberal, hijo legítimo de la revolución, diría: los males de la libertad con la libertad se curan; pero un liberal español, que tiene más de bastardo que de legítimo, no puede decir eso. La enseñanza es una derivación de nuestra política; luego no hay enseñanza lícita frente á nuestros intereses políticos; luego no puede enseñar quien sea nuestro enemigo político. Vosotros, decía un ministro de Instrucción pública, que sois enemigos jurados de todas las libertades, queis la libertad de enseñanza solo porque os conviene. ¡Naturalmente! hubieran podido contestarle, la deseamos, porque nos conviene de la misma manera que vosotros la rechazais, porque no os conviene; pero, además, la queremos, porque nos la concede la Constitución, porque á nadie debe prohibirse el ejercicio de las obras de misericordia y porque no hay obstáculo, divino ni humano (como no sea la tiranía) que pueda despojarnos de este derecho.

A nuestros liberales importa más la marca de fábrica que la naturaleza de los productos; la etiqueta más que el contenido del frasco. No dudamos que podais enseñar; acaso enseñeis mejor que nuestros funcionarios universitarios; pero no os queremos; sois teatinos y si enseñais, cuenta os tendrá.

La enseñanza de la religión es otro de los *grandes problemas pedagógicos* que asustan á nuestros gobernantes y les privan del tiempo y de la calma necesarios, para examinar y plantear en sus verdaderos términos la cuestión de la enseñanza. ¿Debe enseñarse

la religión? Lo cual equivale á preguntar, si un pájaro puede vivir sin aire ó un pez sin agua.

¿No es el sentimiento religioso el más íntimo y profundamente arraigado en el espíritu humano? ¿No constituye el alma de todas las civilizaciones antiguas y modernas? ¿No ha sido el acicate más poderoso de todas las grandes empresas? ¿No ha caldeado los cerebros de todos los sabios y ha encendido los corazones de todos los héroes? ¿No proclaman su existencia por igual los que quieren fomentarlo y los que pretenden arrancarlo del corazón humano? ¿No se encuentra la ciencia rodeada de un ambiente religioso por todos los límites de sus amplísimas jurisdicciones? ¿No se halla sobreco-gida por un sentimiento intensamente religioso la contemplación científica de lo infinitamente grande como de lo infinitamente pequeño? ¿No es un anhelo de curiosidad profundamente religiosa, me atrevería á decir, casi divina, la que mantiene en perpetua tensión al espíritu humano y le empuja con impulso poderoso á las más altas, puras y desinteresadas especulaciones científicas?

Suprimid el estudio de ese sentimiento y de las formas en que se ha exteriorizado al través de los tiempos y habreis mutilado al espíritu humano, le habreis despojado de sus más nobles atributos y habreis extinguido esa llama misteriosa, que descubre á nuestra vista horizontes infinitos hacia los cuales nos lanzamos, arrastrados por la sed inextinguible de sabiduría, que Dios ha infundido en nuestras almas, para que llevemos con resignación y alegría la carga pesada de la vida. Suprimid ese sentimiento y habreis hecho de la humanidad un rebaño—*animalia prona terræ atque data ventri*—cuyas mayores y únicas zozobras consistirán en proporcionarse unos buenos pastos.

No; no teneis derecho á suprimir la religión, ni en



el hogar, ni en la escuela, ni en el campo, ni en la ciudad, si no habeis suprimido antes la perfidia de los hombres, la violencia de las pasiones y los acentos del dolor; porque la religión es eso; amor que destruye la perfidia, freno que modera las pasiones y bálsamo que calma los dolores. No teneis derecho á ignorar la religión, si antes no habeis rasgado el velo que oculta todos los misterios y habeis descifrado la clave de todos los enigmas; del enigma de la vida y del enigma de la muerte.

En el mundo hay algo más que los salones y antecámaras donde llevais á cabo las manipulaciones de vuestra raquílica y estéril alquimia política; política de insinceridad y de palabrería, de pasiones bastardas y de menudas intrigas. Si sois anticlericales, combatid al clero; si sois irreligiosos, combatid la religión, pero sin cortinas que hurten vuestros cuerpos á los golpes del adversario; sin baluartes, que puedan granjearos fama de ventajistas y sin salvedades, que pongan en entredicho vuestra rectitud y vuestras convicciones.

Ser ó no ser; ¿quereis llevar el soplo helado de vuestra política á donde ninguna política debe llegar jamás? ¿Os infunden terror y os hacen temer por vuestra vida los fantásticos escollos de la libertad de enseñanza y de la enseñanza de la religión? ¿Afirmáis que, sin haberlos bordeado de antemano, no se puede acometer empresa alguna seria para restaurar nuestra instrucción? Pues ¡adelante! dirigid hacia ellos la proa de vuestro navío, abordadlos de frente y, si pereceis en la empresa, no os quepa la menor duda, es que no teneis derecho á la vida.

Mientras no hagais eso, no podeis censurar los resultados de la enseñanza, serán vanas vuestras quejas é infundadas vuestras acusaciones. ¿Para qué echar remiendos en un destartalado navío de madera, cuando

flotan sobre los mares, castillos de hierro y acero? ¿Y habeis sido vosotros, políticos y ministros, otra cosa que remendones de la enseñanza? ¿No os habeis pasado la vida *encaracolando y desencaracolando virutas*? ¿Quién fundió sus moldes estrechísimos? ¿Quién ideó el estéril mecanismo de su funcionamiento burocrático? ¿Quién descoyuntó el organismo universitario y aventó sus enseñanzas? ¿Quién ha puesto un dogal al cuello de la enseñanza privada? ¿Quién ha agarrotado y matado todo estímulo en la enseñanza oficial?

## II.

Que la Universidad es hechura de la política.

Tan decaída y malparada anda la Universidad y con ella toda la enseñanza, que "no hay mujercilla ni paje ni zapatero de viejo," que no se crean autorizados para ponderar su aparatosa inutilidad. Y en efecto; casi todos estamos acordes en apreciar sus defectos; la discrepancia empieza, cuando se trata de examinar las causas y de precisar las responsabilidades.

Es la enseñanza un inmenso retablo con su correspondiente Maese Pedro que, en este caso, es el ministro del ramo, encargado de manejar las figuras del artificio. Los rectores sirven de intérpretes y declaradores de los misterios. Las figuras deben moverse cuándo, cómo y en la dirección que el gran tramoyista les





indique. ¡Ay de aquél que acelere ó retarde su marcha ó camine con la menor irregularidad! El impulso, la iniciativa, la dirección están arriba; el funcionar mecánico, la regularidad, la obediencia se extienden por todo el organismo docente.

Es ésta una organización monstruosa, que atrófica toda iniciativa é impide todo movimiento brioso y espontáneo. En general, la buena voluntad y el recto criterio de los que han de aplicar las leyes consiguen magníficos resultados, aunque sean ellas defectuosas; aquí es la red tan complicada que no hay quien pueda desenvolverse entre sus mallas. La mejora de la enseñanza está encomendada á una sola cabeza, que retrocede llena de espanto, si pretende asomarse hacia los establecimientos docentes á través de la selva inmensa de leyes y disposiciones de toda clase, dictadas con verdadero furor, para “moldear la juventud á la efigie del Estado,..”

Se ha hablado mucho de la tiranía de los muertos y del presupuesto de los sepulcros; cierto; estamos bajo el imperio de los muertos y huele á cuenta de funeraria la distribución de nuestro presupuesto. Pero esas sombras que nos gobiernan no son las de aquellos antepasados nuestros, que aprendieron y practicaron la más alta de todas las pedagogías, regando con su sangre generosa estos campos de la patria española y llevando á todos los continentes los nobilísimos impulsos de su corazón intrépido: ¡que esa, por lo menos, sería una tiranía paternal! Es el espíritu siniestro y envejecido de la revolución francesa, encarnado en aquél Napoleón, que imprimió en todas las instituciones el sello de su genio militar, para que todos los hombres obedecieran á sus voces de mando, como obedece el mundo á los mandamientos que Dios le impuso. Nuestros gobiernos permanecen fieles á la máxima de Danton; “los

hijos pertenecen al Estado antes que á la familia,, y por eso echan sobre sus hombros las cargas de la enseñanza.

La Universidad española es hechura de vuestros ascendientes, moderados y progresistas, y vosotros sois sus conservadores. Las antiguas Universidades distaban mucho de ser modelo de instituciones docentes, pero no es lícito que cargueis á su cuenta responsabilidades que pertenecen á vosotros exclusivamente. Les arrebatásteis sus bienes, *como mera disposición de orden administrativo*, les quitásteis la poca independencia que tenían, dispersásteis sus estudios y las convertísteis en centros burocráticos y oficinescos, vestidos y uniformados con arreglo al patrón francés é inventásteis la *sabia necedad del Estado docente*.

Desde entonces no es la Universidad una institución nacional, sino una dependencia del Gobierno. Sus profesores no son obreros ó maestros de la ciencia, sino empleados del Gobierno, cuya única misión consiste en cumplir y obedecer puntualmente las órdenes emanadas de la superioridad. Habeis cortado la comunicación con la calle; y el sol y el aire no pueden penetrar en ella más que por la estrecha claraboya del ministerio de Instrucción pública. Es inútil que el profesor esté enterado del movimiento vertiginoso de la ciencia; no puede dar cuenta á sus alumnos, porque tiene el tiempo tasado y señaladas las materias y difícilmente pueden sus discípulos atender á la lección del día, recargados como están con otras asignaturas, que deben aprobar también á plazo fijo. El único elemento propulsor de la enseñanza es el ministro; pero los ministros en España viven la vida de las flores y necesitan todas sus energías y algunas más, para defender su vida ministerial.

¿Qué hacer en tal situación? Estudiar el problema de la enseñanza requiere tiempo, serenidad y una volun-



tad de hierro; cosas que difícilmente puede reunir un ministro. Dejar pasar el tiempo sería absurdo; ¿para qué servirían las columnas de la *Gaceta* y el palacio de la Puerta de Atocha? Y entonces es de ver la furia insana con que tirios y troyanos se dedican á remendar la enseñanza por medio de leyes, reales decretos, reales órdenes, reglamentos, órdenes, circulares, decretos-leyes, etc. Si bien canta el abad, no le va en zaga el monacillo. Si corren los liberales, los conservadores vuelan.

Han puesto sus manos en la enseñanza, con reformas de consideración, desde la ley del 57: el marqués de Corvera en 1858; el señor Bustos en 1861; el señor Orovio en 1866; Ruiz Zorrilla en 1868; el señor Chao en 1873; nuevas reformas en 1874; el señor Lasala en 1880; Pidal en 1885; Moret en 1893; Groizard en 1894; Puigcerver en Noviembre del mismo año; Bosch y Fuste-gueras en 1895; Gamazo en 1898; los señores García Alíx, Romanones, etc, etc. No hay para qué envidiar á Francia, á Italia y á las repúblicas sud-americanas, que, en planes de enseñanza, han resuelto el problema del movimiento continuo.

Cualquiera creería que, después de este diluvio de reformas, hubieran quedado en paz los molidos huesos de esta malaventurada enseñanza: desde 1900 hasta 1907 se han publicado más de 2.400 disposiciones, que, sumadas á las 2.350, que figuran en la colección del conde de Toreno y en otra posterior hasta 1883, forman el respetable número de 4.750. Su articulado es tan abundante que llena 10.698 páginas en cuarto mayor y de letra muy menuda. ¡Y faltan las pertenecientes á un periodo de tanta fecundidad legislativa como hemos visto que fué el que se extiende desde 1884 hasta 1899! La *Instituta*, las *Pandectas*, el *Código* y las *Novelas de Justiniano* son una cartilla, comparados

con nuestra legislación de enseñanza. En cuanto á concordancia, las bíblicas resultan juego de niños. Abundan las de este corte. Para los estudios hechos en el extranjero, una disposición de 7 de Noviembre de 1902 declara en vigor los artículos 94 y 95 de la Ley del 57 y en suspenso, hasta la publicación de otra, la aplicación de los Decretos-leyes de 6 de Febrero del 69. Pero en 17 de Abril de 1903 se deroga la disposición anterior y se establece que las incorporaciones se ajusten á los artículos 94, 95 y 96, y á los Decretos-leyes de 6 de Febrero del 69. ¡Y dicen que hay una comisión codificadora! Buen camino, para ganar el cielo, éste de las comisiones codificadoras.

En un exámen general sobre legislación de Instrucción pública quedarían suspensos todos los ministros y catedráticos y, si se ahondaba un poco más, correrían la misma suerte los oficiales y secretarios de las Universidades. ¿Dónde estarán los piadosos amigos de D. Quijote, el cura y el barbero?

### III.

De los gérmenes patogénicos que puede producir y produce un empacho de legislación.

Fácil es adivinar la situación de la Universidad, que en tales condiciones vive. El pueblo no ve en ella una institución propia que, nacida al calor de las necesida-





des sociales, recoja, como madre cariñosa, sus anhelos y aspiraciones; no la mira como una fuente de vida, sino como un artefacto más que el gobierno ha montado en forma de oficina, dedicada á la expendeduría de títulos profesionales. Las gentes conocen perfectamente el escaso valor positivo de estos títulos, pero saben también que son necesarios y van á buscarlos, como á las oficinas de Hacienda los recibos de la contribución. No sienten cariño por ella, como no lo sienten por ninguna oficina del Estado, por muy necesaria y provechosa que sea su instalación. No piensan al unísono ni son convergentes sus aspiraciones; yace la Universidad junto á la población, pero no se miran, ni se entienden ni se hablan. Si las gentes se alarman ante la amenaza de una supresión, no lo hacen por la Universidad, sino por las fondas y casas de huéspedes. El profesor, orgulloso de su triunfo, nada debe á la población y nada teme de ella y, como es natural, se desprecian mutuamente. Presta sus servicios en una Universidad como pudiera prestarlos en otra cualquiera, en Sevilla como en Zaragoza, en Santiago como en Granada.

Hoy no hay Universidades, porque una política ciega y suicida las ha medido á todas con el mismo rase-ro; hay una sola Universidad, la Universidad española; *e pluribus unum*. La Universidad no es hogar, sino posada de profesores. Sangrientas y épicas batallas se han librado *pro aris et focis*; ¿quién daría una gota de su sangre por todas las posadas del mundo? Reina la uniformidad más espantosa; el mismo traje para los hielos del Pirineo, que para los ardores del mediodía. Así es posible lo que ocurre para nuestra vergüenza é ignominia; en los manuales de literatura no hay un capítulo consagrado á las literaturas catalana y vascongada; es mejor que vengan los alemanes á estudiarlas. Nos separamos de catalanes y vascongados; ¿qué mu-

cho, si ellos quieren después separarse de nosotros? ¡Como esas materias no figuran en los programas franceses!

El patrón, aunque de segunda ó tercera mano, viene de Madrid; el aire provinciano es plebeyo; por eso la Universidad no arraiga en provincias, ni tiene un átomo de luz ni una sombra de color local. Debiera extraer la savia más vigorosa de las raíces de la localidad donde vive; su ideal debiera ser conocer bien el pasado, para explicar lo presente y afianzar lo porvenir. Una de las mayores necedades, que han subido á la categoría de dogma entre nuestros políticos, es que la ciencia no tiene fronteras.

De Grecia á Roma va un abismo; el que separa la vida de la muerte; la ciencia cristiana es sustancialmente distinta de la pagana y, perdido el carácter católico, es decir, universal, de las Universidades medievales, reaparece con vigor siempre creciente el sentido científico especial y propio de cada uno de los pueblos modernos. La ciencia es nacional; y ¿cómo no si lo es la religión misma en medio de su catolicismo y universalidad? La falange de teólogos, que España mandó á Trento, acentuó desde el primer instante su vigorosa personalidad. Los recelos, que inspiraba en el concilio del Vaticano el dogma de la infalibilidad pontificia, quedaron reducidos á polvo por la ingente fortaleza-lógica de los obispos españoles. ¿Qué hay de comun entre el ascetismo viril y austero de los españoles y las ternuras y regaladísimas canciones del serafín de Asís, como no sea el espíritu fecundo de la Divinidad, que late en el fondo de todos ellos?

Pero nuestros políticos no lo entienden así y en vez de fomentar v. g. el espíritu artístico en Valencia y Sevilla, el industrial y científico en Barcelona, el histórico en Zaragoza, el literario y jurídico en Salamanca,



prefieren que todos, en todas partes, nos dediquemos á poner en conocimiento de nuestros alumnos lo que hacen los extranjeros. Para nuestras hablas regionales, para nuestras castizas instituciones políticas, para nuestras necesidades agrícolas é industriales, nada; para los idiomas semíticos é indoeuropeos, aunque desconozcamos las formas castellanas del verbo ser; para las constituciones políticas de los pueblos extranjeros, aunque nada sepamos de nuestros Concellers, Justicias, Merinos y Adelantados; para las inútiles experiencias de gabinete, aunque se desconozca la composición de las tierras y de los productos locales, todo.

Por obra y gracia de nuestros gobiernos es la Universidad española una señora, que, descuidando sus asuntos propios, se pasa la vida contando y censurando lo que hacen los demás. ¡Qué reflexiones tan amargas acuden, en tropel, hasta los puntos de la pluma!

Al mirarla por dentro se queda uno, *como aquel á quien arrojan en la fosa*. Conviven en ella el despotismo y la anarquía, la independencia y la esclavitud, la regularidad y el desorden. Tanta labor para cada curso, que corresponde á tanto por hora, que deberá hacerse en los días tales y cuales, desde tal á cual hora; ni un momento menos, porque esto podría ser un fraude para el Estado; ni un instante más, porque el otro catedrático necesita los chicos ó pueden molestarlos los bedeles (1). Afecto personal, intimidación, comunicación espiritual; ninguna. Allí está vigilante el espíritu policiaco de la legislación, para que no se dé pábulo á las malas lenguas. ¿Quién sabe lo que pasaría entre alumnos y catedráticos, si se les dejara en libertad de aprender y enseñar?

Al principio, el ardor y entusiasmo juveniles; al po-

(1) Se ha dado este último caso.

co tiempo, la convicción profunda de que es estéril toda acción individual aislada; luego, el sentimiento del deber; después, la pereza, la indiferencia, el hastío, la desilusión y más tarde, el excepticismo, mensajero fatal de ese negro pesimismo, que ha invadido nuestro ambiente universitario y pesa sobre él como losa de plomo. Este proceso psíquico del profesorado es indefectible y la culpa la teneis vosotros, los políticos, que manteneis este inútil artificio de los andamiajes oficinescos. ¿Cuál ha de ser el estado de ánimo de un oficinista á los cincuenta y aún á los cuarenta años? Por ese escalafón maldito, que es obra vuestra, sabe un catedrático, recién salido del horno de las oposiciones, cuál ha de ser su sueldo á los treinta, á los cincuenta y á los setenta años. ¿Y hay nada más funesto para todo espíritu andariego y amigo del movimiento que esa perspectiva monótona, fría, interminable, cuyos distintos planos ha de recorrer á pasos contados, con matemática, con terrible puntualidad? Todo espíritu, para quien se han acabado las sorpresas é incertidumbres de la vida, está condenado á la inacción, como toda familia, que calcula con certeza su haber futuro, está condenada á la miseria. La única incertidumbre, que les espera, es la incertidumbre de la muerte; justo es que no piensen más que en prepararse á bien morir ó en desviarse de la carrera universitaria hacia otras partes, donde no es triste el trabajo y es la mies más abundante.

Todos estaban conformes en que el trabajo requiere siempre un estímulo, cuanto más poderoso, mejor. Verdad que todos los pedagogos, á partir de Quintiliano ó Tácito, que no recuerdo bien, habían expresado así; *sublatis studiorum prætiis, scholæ frigescunt*. Vino Kant y su purísimo entendimiento acertó á descubrir las innobles manchas que los estímulos arrojaban sobre la





pureza de los fines pedagógicos, como la esperanza de la salvación eterna las arrojaba sobre la pureza de los fines morales; y de un plumazo, borró la moral cristiana por impura y la emulación del trabajo por bastarda. Llegó Spencer, pirata literario que entraba á saco por los dominios de Kant con inverosímil frecuencia, y formando coro con el filósofo de Königsberg, proclamó también la pedagogía alta, noble, desinteresada, pura é inmaculada, sin estímulos bastardos, ni recompensas envilecedoras. ¿Cómo desdeñar la autoridad inapelable de estos dos pontífices? El arte por el arte, la ciencia por la ciencia, la moral por la moral, ¿no son, además, unos tópicos admirables para pronunciar bellos discursos? No importa que en Alemania sigan trabajando para Alemania los sabios y los que no lo son: nadie desconoce el espíritu cartaginés que alienta en todos los ingleses. ¿Qué importa? se dijeron nuestros políticos. Organicemos todas las instituciones del Estado (y en España todos los organismos dependen del Estado) con arreglo á este purísimo criterio; desterraremos de nuestra vida nacional toda emulación bastarda y mandemos que todos los españoles sean honrados y trabajadores de real orden. Así ascendemos en todos los cuerpos por grados, por números, por orden del escalafón, como mulos de reata, como cangilones de noria; menos en política, donde todavía se estilan el salto y las carreras abreviadas. ¿Habeis visto que un cangilón pugne por adelantarse al que le precede? ¿Ni qué conseguiría aunque se adelantara?

El corcel libre en la pista, se enardece y revienta por llegar el primero; uncido á un carro, no da un paso más largo que otro por adelantarse á su compañero. ¿Os parece pequeño y liviano este carro á que nos teneis uncidos? ¿Veis cómo por aquí tampoco sufrimos la tiranía de nuestros muertos? No; mientras no hagais

cañicos esta cinta, triste y monótona, del escalafón, vosotros, los políticos y ministros, no podeis acusar á la Universidad. Es obra vuestra y lo que debe ser, es.

#### IV

De cómo los políticos han desgarrado el organismo universitario  
y han paralizado sus miembros

Vuestra obra demoledora no ha parado aquí. La Universidad antigua tenía un plan, una organización, una jerarquía y un ideal. No aplaudo ni censuro su mecanismo: me limito á consignar que tenía, bueno ó malo, lo que tienen los seres vivos, aptos para la defensa y para el ataque, es decir, para conservar su independencia y extender el radio de su acción. Vosotros la habeis desarticulado, habeis descoyuntado sus huesos y habeis dispersado sus enseñanzas. La Universidad moderna no tiene ideal, porque los manantiales de sus energías no nacen en sus entrañas, sino fuera y lejos de ella, en el ministerio. No tiene jerarquía, porque habeis aplicado á las ciencias el mismo rasero nivelador que aplicásteis á los hombres; y su organización es defectuosa, artificial, puramente defensiva, como de erizo oculto entre espinas, ó de tortuga escondida en su caparazón. No hay Universidad, sino coexistencia, yuxtaposición ó aglomeración de Facultades; éstas son



cerradas, independientes, cantonalistas; no guardan entre sí más relación que la que podría haber entre un cuartel, un hospital y un manicomio instalados en un vasto edificio. Los jefes y empleados cambiarían un saludo, al cruzarse en pasillos y galerías.

Habéis separado las ciencias como categorías abstractas y habéis arrojado sobre ellas gérmenes de disolución y de discordia. Derecho, Medicina, Ciencias, Letras, Farmacia; y luego doctores agrónomos, en montes, caminos, canales y puertos, industriales, químicos, mecánicos, mercantiles, en minas, en arquitectura. Es la Universidad como un rebaño en medio del cual hubiera aparecido repentinamente un león.

Está alejada de la vida; la vida entregada á la ceguera y á la rutina; y una y otra, de espaldas á la ciencia viva y fecunda, que oculta sus raíces en las profundidades del espíritu y extiende su espléndido ramaje hasta las últimas formas y aplicaciones de la materia. Un doctor universitario y un especialista en montes, caminos ó industrias, no pueden hablar más que del tiempo y como no se entienden, se desprecian: y entonces surge ese espíritu de cuerpo, fiero, orgulloso, intangible, defensor obligado de todas las rutinas y de todas las concupiscencias y obstáculo invencible para toda renovación y mejora. De ahí nacen esas ridículas y ruines competencias, más que suficientes para condenar sin apelación un régimen de enseñanza, sobre si ésta ó aquella asignatura, cursada en la Universidad, sirve para la Escuela ó viceversa. ¿Cómo un simple universitario podría explicar Analítica á los ingenieros, aunque se llamara Torroja?

El resultado es inevitable; los universitarios no encuentran colocación y, llena la cabeza de noticias y fórmulas estériles, hacen un esfuerzo supremo y agotan sus energías para conseguir una cátedra, ó matan

el hambre explicando en un colegio seis asignaturas diarias, ó se entregan, rendidos, á discreción, en manos de un cacique que les proporcione un destino ó van haciendo genuflexiones por las redacciones de los periódicos, para emprender esa ejemplar y edificante carrera de los periodistas volanderos que, con los ojos inyectados en sangre, empiezan por *El País*, siendo unos terribles revolucionarios, y acaban, rellenando de prosa dulzona y recreativa las columnas de *La Epoca*.

No son más afortunados los doctores de las escuelas especiales. Las empresas particulares les miran de reojo, porque saben muy bien que sus estudios son tan teóricos y más exclusivistas y estrechos todavía que los de la Universidad; y como de ordinario, no sirven para el periodismo, llaman en su auxilio al espíritu de cuerpo y el gobierno se ve precisado á darles una prebenda, si las hay vacantes, y á inventarlas, si no las hay disponibles. ¡Y á qué menesteres llegan muchos de aquellos que empezaron su carrera por las altísimas especulaciones del cálculo y de la mecánica racional!

En suma; los universitarios son aptos únicamente para hacer comentarios abstractos de la declaración abstracta de los derechos abstractos del hombre abstracto que nos legó la revolución francesa; y los que salen de las escuelas vegetan en sus destinos sin más ideales que los de un industrial cualquiera y, dando de mano á la jerga de las escuelas, dejan que sus ideas se vayan apergaminando hasta que mueren (y mueren pronto) para la ciencia.

Los estudios filosóficos y literarios son necesarios á todo hombre de carrera, pero solo con carácter de preparatorios; los estudios puramente científicos, separados de sus aplicaciones, no tienen razón de ser, como no sea para los que tengan vocación de mártires; pero éstos escasean, aquí como en Berlín y Londres, y no





debe contarse con ellos, al organizar la enseñanza, más que en la proporción debida; de uno á mil.

Las Facultades de Letras y Ciencias, con sus siete secciones correspondientes, son una farsa indigna que inutiliza por igual á los que las estudian y á los que se dedican á las especialidades. De entre los escombros de este organismo docente surgen con frecuencia acentos de trágico dolor; son sus víctimas que, como Edipo, luchan, en vano, contra un poder invisible y avasallador. He oido que los profesores de Zaragoza han pedido al señor Ministro de Instrucción pública la supresión de la ¡Facultad de Historia! en aquella Universidad; uno mi voto al suyo, para que conceda la misma gracia á todas las ¡Facultades de Letras! No se obtendrían grandes ventajas, pero habría un lazo menos, aquí, donde tanto abundan los engaños y las trampas (1). ¡Y nuestros diputados rien los chistes, que se hacen en el Parlamento á costa de la enseñanza! ¡Digitus Dei est hic!

Parece natural que los encargados de la enseñanza en sus distintas formas fueran los que más se preocuparan por los problemas pedagógicos. Pues bien; vuestra influencia omnipotente ha tenido la rarísima virtud de hacer que á nadie interesaran tan poco como á los mismos profesores las cosas de la pedagogía. ¿Para qué? Saben muy bien que no serían escuchados, ni sus consejos tenidos en cuenta en cualquiera tentativa de reforma. Nadie ignora que nuestra enseñanza está calcada (¡hasta el número de jueces que han de formar los tribunales de oposición y su manera de funcionar!) en los moldes franceses. También allí se ven libres de

(1) Ruego al que se extrañe de mi petición, me conteste á estas preguntas. ¿Puede y debe el Estado tener cinco catedráticos para un discípulo? ¿Merece vivir una Facultad que tiene *siempre* más profesores que alumnos?

la pesada carga de los estudios pedagógicos, gracias á la solicitud y buenos oficios del gobierno. “Es verdad, dice Breal, que en el estado actual de nuestra enseñanza, las discusiones pedagógicas deben parecerles (á los catedráticos) supérfluas. Como se ha dicho ya, nuestros profesores pueden prescindir perfectamente de esta ciencia, porque tienen á su disposición las colecciones y ordenanzas de nuestros ministros. Esta es, en efecto, para ellos, la más decisiva, aunque no siempre sea la más razonable, de todas las pedagogías. En este como en otros muchos aspectos de la vida nacional el gobierno francés ha tenido la pretensión de reconcentrar la elaboración del progreso en una sola cabeza, que no impone al resto del cuerpo más deber que la obediencia. Pero ha sucedido que no solamente el cuerpo se ha limitado á cumplir con escrupulosa fidelidad el único deber que se le imponía, sino que la cabeza ha dejado de pensar ó ha pensado de un modo insuficiente. Los pueblos no progresan más que cuando todos colaboran en la obra común, y las ideas más fecundas resultan estériles, si se hallan los entendimientos entorpecidos por una larga rutina,, (1).

Si esto sucede en Francia, donde la idea de que habían sido vencidos por el maestro alemán adquirió la categoría de dogma y el problema de la enseñanza fué, durante 30 años, una obsesión nacional y marcharon los franceses, por legiones, á estudiar el desarrollo de la enseñanza en Alemania y se ha elevado á cantidades fabulosas el presupuesto de Instrucción pública: ¿qué ha de ocurrir en España?

A los maestros de escuela apenas les queda tiempo para bostezar; lo tienen todo previsto y ordenado hasta en la corta época de vacaciones. Deberán celebrar una

(1) Quelques mots sur l'Instruction publique en France—p. 131.



fiesta escolar, (que está dando origen á un género literario, desconocido en los anales de toda literatura); asistirán á las conferencias pedagógicas de la Normal y á las que den los inspectores en las cabezas de distrito y, además, según su sueldo y categoría, redactarán una Memoria "de 15 á 20 páginas, con 12 ó 14 líneas cada una, de letra regular é inteligible, y una vez terminadas en la forma que aquí se preceptúa, las dirigirán antes del día 1.º de Septiembre al Director del Instituto, Presidente de la comisión técnica de la provincia," (1). ¿Cabe pedir mayores diligencia y solicitud? Ya veremos luego lo que da de sí la pedagogía oficial.

Yo quería decir, porque de ello estoy tan convencido como de todo lo que he dicho anteriormente, que vuestra actitud y vuestras pasiones ejercen una influencia funesta y deprimente aún en el ánimo de aquellos, que, sin haberse dedicado á la enseñanza, profesionalmente al menos, han estudiado los problemas pedagógicos con entusiasmo ejemplar y digno de imitación. Pero no quiero que recuseis mi testimonio que podríais tachar de parcial y exagerado. Los nombres abundan y las citas pudieran formar abultados volúmenes. Sin embargo, seré muy sobrio

"Donde el lucro inmediato es la ganzúa que abre todas las puertas del favor, ¿cómo ha de haber oídos que escuchen á quien hable de formar las generaciones de lo porvenir? Aprés moi, le deluge... ¿Qué le importa al caciquismo que se extinga España? ¿Qué diferencia entre el estado actual de la cuestión y el de hace medio siglo! Entonces, en materia de educación, preocupaba principalmente el problema pedagógico. Actualmente

(1) *Gaceta* del 3 de Junio de 1908. Lo cual está dando lugar á una serie de lances cómicos y de inmoralidades. Con el anuncio de los temas se publica el de libros, donde están las contestaciones.

hay que tratar también, y antes de todo, el problema político que con él se relaciona... ¿Ni quién puede acariciar esperanzas de un cambio civilizador? La instrucción está hoy en manos de los Poderes públicos, quienes la dan como función gubernativa que les corresponde de derecho; siendo así que el Estado únicamente lo tiene para dirigirla, y siempre con un fin nacional. Para la generación pasada, el problema era principalmente pedagógico; para la generación presente, además de pedagógico, es político y administrativo, y tal vez, ó sin tal vez, más político y administrativo que pedagógico. ¡Oh error! Y, por ventura, ¿está hoy la opinión tan científica y universalmente ilustrada como se necesitaría para un tránsito radical desde lo que ahora es á lo que un día debe ser? No lo juzgo así, y por eso nada espero. *Lasciate ogni speranza*... (1).

"Así es que para mí, tan grave ó más que el estado lastimoso y mísero en que la Educación se encuentra, es el que reina y domina en el campo de la política; política disolvente y de desintegración y contra cuyo espíritu personal y pequeño hay que luchar denodadamente, si se ha de utilizar como elemento propulsor, en vez de ser lo que hoy es, *el más fuerte baluarte de resistencia y perturbación: la gran muralla que resguarda y protege á la ignorancia y la rutina*.

La Política, mejor dicho, la pasión política, cosa que, en resumidas cuentas sólo quiere decir Política ineducada, inculta, fulanista y ególatra: *ese es nuestro mayor enemigo*.

Creo, he creído y mucho han de variar las cosas, para no añadir, con tanta pena como firme convicción,

(1) D. Eduardo Benot.—*Errores en materia de educación é instrucción públicas*.





que seguiré creyendo que *la Política es el mayor enemigo que España tiene de su Educación*, (1).

Y cuenta que el señor Perojo ha tenido *largos y egoistas amores* con la pedagogía, y se precia de conocer algún tanto la psicología de nuestros partidos políticos, y ha escrito hace pocos meses sus *Ensayos sobre educación* con entusiasmo de verdadero neófito, y no es federal, como don Eduardo Benot, ni jesuita, como el P. Ruiz Amado, que escribe mucho y muy bien de pedagogía y está á punto de perder las esperanzas que había puesto en el gobierno actual, como reformador de la enseñanza, ante "aquella frase glacial," del señor Ministro de Instrucción pública, según la cual "no son tan graves, aunque también notorios, los males advertidos y lamentados generalmente en la segunda enseñanza... y que admiten, sobre todo, mayor espera en el remedio.", Sí, señor Ministro; los males de la primera, segunda, tercera y cuarta enseñanza son igualmente graves, porque son esencial y absolutamente los mismos y no admiten espera, mayor ó menor; reclaman remedios eficaces y urgentísimos; de otra suerte nos vamos á encanijar tanto como el caballo de Gonela, que *tantum pellis et ossa fuit*.

No; señores políticos. Vuestras miserias y pequeñeces están al aire y en carne viva. Nadie cree en la justicia de vuestras lamentaciones, ni en la sinceridad de vuestros sonoros ditirambos en honor de la cultura. "El tierno pajarillo espera dos ó tres asechanzas, pero ante los ojos de los pájaros cubiertos de pluma, en vano se desplegan las redes, en vano se lanzan las flechas," (2).

Afortunadamente soplan vientos de renovación y no

(1) J. del Perojo.—*La Educación española*.

(2) Dante.—"Divina Comedia,"—XXI.

podrá el dañado pulmón de vuestros organismos resistir, por mucho tiempo, el empuje de las nuevas corrientes ó dejais de ser quienes sois. Todos los hombres de buena voluntad deben consagrar sus energías á precipitar la ruina de este artefacto político, que se vendrá abajo el día en que el gran muñidor electoral no pueda disponer á su antojo de alcaldes y municipios, según se ha declarado paladinamente en el Congreso. No; el egoismo corroe vuestras entrañas; sois los corruptores del ejército, los corruptores de la magistratura, de la enseñanza y del clero. El presupuesto de guerra no es un presupuesto para soldados; sino para obras pías y de burocracia; el de culto y clero es... una gran vergüenza: y conste que no me refiero á su cuantía. Si Dios no hubiera dotado á este pueblo de tantas energías, habría sonado, hace ya tiempo, la hora del *finis Hispaniæ*.

No sois vosotros los que podeis decir á los maestros: ¿qué habeis hecho de nuestros hijos? Son los maestros, son los militares, son los organismos todos nacionales los que pueden deciros á vosotros: *sanguinem ejus de manu tua requiram*.

## V.

Raquitismo é insuficiencia de las medidas propuestas ó solicitadas para remediar los males de nuestra enseñanza

Lo dicho hasta aquí basta para convencer, al más optimista, de lo poco que, en asuntos de enseñanza,



puede esperarse de los hombres y partidos políticos: ni sienten la cultura, ni la aman, ni les interesa. Carecen, además, de la voluntad y preparación necesarias, para acometer tamaña empresa con ánimo viril y levantado. La meta de todos sus ideales es derribar al gobierno y la enseñanza, á sus ojos, queda reducida á un arma de combate, que puede, en determinadas ocasiones, esgrimirse eficazmente contra los que ocupan el poder.

El famoso programa pedagógico de las minorías parlamentarias, en el último mes de Diciembre, es un monumento de ineptitud, de precipitación y de ceguera. No revela el menor sentido pedagógico, pero indica por manera clarísima, que no saben lo que piden, que desconocen la forma como el problema debe plantearse y por dónde deben empezar las reformas, si han de servir para algo más que perder el tiempo y perturbar más la enseñanza. Pero el programa revela algo peor; revela que nuestros políticos carecen de seriedad.

La prensa había extendido por todas partes la noticia sensacional de que los atletas del pensamiento y de la palabra habían adoptado una actitud gallarda y se disponían á librar, en nuestro Parlamento, fiera y descomunal batalla en defensa de la enseñanza. Las gentes se preguntaban, llenas de zozobra, qué es lo que iba á suceder y se disponían á presenciar, con ansiedad creciente, el temeroso espectáculo. El desencanto no pudo ser más desconsolador; á las primeras escaramuzas vieron, hasta los ciegos, que aquello era una zancadilla de la baja y rastrera política, que entre nosotros se estila; una farsa más en que los comediantes ocultaban su cara con el disfraz de una mentida cultura, para darse en espectáculo á las gentes y, de paso, disparar unos cohetes contra las baterías silenciosas del gobierno.

Un número de música, ejecutado por las espuelas

de un general, hubiera sido remate digno de semejante bufonada.

En un documento oficial, leído en el paraninfo de la Universidad de Madrid, se ha lanzado una acusación formidable contra el profesorado público y, en consecuencia, han aparecido en la *Gaceta* una serie de disposiciones fiscalizadoras. Santo y bueno que se castiguen con mano dura, todos los abusos, pero no son sanciones ni medidas policiacas; es algo más hondo y radical, lo que necesita nuestra enseñanza anémica y empobrecida. La sanción, siempre plausible, si es justificada, dista mucho de ser siempre eficaz en este orden de cosas, donde el sentido vigilante y sancionador debe radicar en las entrañas mismas del espíritu y de la conciencia. Es funesta esta manía de medir á compás las cosas del espíritu; las inspecciones y residencias forzosas, en la enseñanza, son como la disciplina en el ejército: ponen al catedrático frente al alumno y al soldado frente al enemigo; pero el fervor, que necesita el primero, y el heroísmo, que ha de conducir al segundo á la victoria, no tienen sus raíces en los artículos de ningún reglamento ni en las prescripciones de ningún código disciplinario. Hay que extraerlas con otras herramientas de la roca viva de la conciencia.

Las pensiones para el extranjero son otras de las amplias concepciones de nuestros políticos: dejemos abierto el paso de los Pirineos; vaya nuestra juventud, docente y discente, á los pueblos fuertes, vigorosos y civilizados; estudie el secreto de su fortaleza y venga luego á remozarnos y á engrandecernos.

Y estudiantes y catedráticos han ido á Londres, á Berlín, á París, á Roma, á Coimbra y á Lisboa. Y ha sucedido lo que necesariamente había de suceder. A duras penas han podido hablar los idiomas correspondientes; muchos han regresado extenuados, flacos, ma-





cilentos, enfermos; no pocos han traído la cabeza llena de humo y el corazón tan ensoberbecido, que no encuentran palabras, para menospreciar y vilipendiar las cosas de España. Les basta poder hablar de París ó de Berlín, y no siempre sobre materias ó procedimientos científicos, para que se consideren como hombres superiores, venidos de otro mundo; y todos han redactado Memorias, que con más tranquilidad y sosiego, hubieran escrito sin salir de España: las hay que son verdaderos monumentos.

Pero estos políticos son tan originales que, aun teniendo razón, la pierden por la manera de tenerla. Líbreme Dios de regatear la altísima conveniencia de esta comunicación espiritual, especialmente, entre pueblos de distinta raza. El choque y el contacto de distintos ideales es sumamente fecundo en el orden espiritual y, además, en los pueblos como en los individuos es necesario que los que saben menos aprendan de los que saben más. La necesidad de envíar pensionados al extranjero era urgente, la conveniencia grande; la manera de hacerlo, sencillísima para todos menos para los políticos españoles.

Debían ir al extranjero hombres que han llegado ya, en su especialidad ó en los estudios de su predilección, á la cima de la cultura nacional; concedores de ella y de los medios que aquí se emplean para fomentarla, necesitarían estar muy poco tiempo fuera de su país, para conocer el mayor desarrollo científico ó los distintos procedimientos puestos en juego, para su cultivo y desenvolvimiento. Sin inconveniente alguno se les podría conceder omnímada libertad para que se trasladaran de un lugar á otro. Las obras publicadas antes de obtener la pensión, serían garantía de su seriedad moral y de su seriedad científica: también puede distraerse un hombre sesudo y sabio, pero no hay duda que

procurará enterarse al detalle de todo lo concerniente á aquellos estudios que han sido para él, desde mucho antes, una verdadera obsesión.

Y como, para luchar contra la rutina, sean muy convenientes las energías de la juventud, debe enviarse también al extranjero gente joven que estudie allí una carrera y se imponga, sin congojas ni apresuramientos, en todo aquello que afecte á su profesión. Así lo han hecho todos los pueblos, pero á nosotros no nos cabe eso en la cabeza: y allá han ido licenciados y doctores y catedráticos, recién salidos del molde, para que, en nueve meses ó en un año, templen sus armas y derriben, á su regreso, todos los ídolos españoles, indebidamente colocados sobre los altares. El resultado es infalible; gente joven, sin formación, totalmente desorientada, con los paños menores de la cultura universitaria, desconociendo ó balbuceando el idioma y con dinero... sí, el resultado es infalible; allí está; en sus semblantes y en sus Memorias.

Sin embargo, se cubren las apariencias democráticas; se contenta á los amigos y se tiene ocasión para pronunciar discursos, mirando á Europa. ¡Y á esto se reducen las menguadas y turbias corrientes pedagógicas de nuestros políticos! ¡Y son ellos los únicos llamados á restaurar nuestra enseñanza!

¿Y el profesorado? A primera vista parece incomprensible su actitud. Permanece completamente extraño á la efervescencia pedagógica de nuestros tiempos. Silencio y resignación, en el magisterio de primera enseñanza; calma y reposo, en el profesorado de Institutos; y una inercia, que pudiera parecer mortal, en el universitario. De tarde en tarde, se oye algún rumor de descontento y se exterioriza algún deseo de mejora; pero no son sino leves y efímeras manifestaciones del *nemo sua sorte contentus*: esfuerzos mecánicos é in-



consistentes, que hace todo organismo, cuya misión se reduce á conservar la vida el mayor tiempo posible. Carecen de impulso inicial, de constancia y de finalidad. Son suaves y perezosos movimientos de defensa en cuya eficacia y virtualidad nadie cree. Nuestra indiferencia y frialdad tocan, muy de cerca, los linderos de la servidumbre y del fatalismo.

Si al ministro se le ocurriera imponernos la forma en que habíamos de invertir, hasta el último minuto, el tiempo de vacaciones, sentiríamos una desazón; acaso procederíamos poco en armonía con sus deseos; tal vez nos atreviéramos á desobedecerle; pero es seguro que no llegaríamos á ponernos de acuerdo, para formular una protesta colectiva en defensa de nuestros derechos y de nuestra libertad. No hay ningún lazo espiritual ni material que nos una; somos perfectamente extraños unos á otros; antes he dicho que cada Facultad era un cantón; lo es también cada curso dentro de una misma Facultad y cada catedrático dentro de un mismo curso: aplicado á nuestro caso, es exactísimo el dicho catalán, *tants caps, tants barrets*.

Se ha organizado la enseñanza á imagen y semejanza de la política: atomísticamente. A la infame y absurda fórmula política *individuo + Estado = Nación*, corresponde esta didáctica, no menos absurda é infame: *catedrático + Estado = Enseñanza*. El amo que paga, y el criado que sirve: el primero ordena y manda; el segundo, obedece y cobra.

¿Qué hará el criado, después de contentar al amo? Distraerse ó administrar su peculio. Don Eduardo Benot tronaba contra la resistencia, que á toda renovación opone el espíritu de cuerpo y llegaba hasta hacerle responsable del atraso de nuestra enseñanza; no puede responder de nada lo que no existe y, en la Universidad, como hoy está constituida, ni existe, ni es

*metafísicamente* posible que exista el espíritu de cuerpo. Nunca hemos pensado en romper una lanza en favor de la instrucción pública: nos basta con defender nuestro sueldo y, para eso, sin buscarlo nosotros, contamos con un abogado acreditado: el clamoreo universal de que, en estos siglos que corren, no hay más imperio posible que el imperio de la ciencia. De todo lo demás se cuida la omnipotencia del Estado:

Pan primus calamos cera conjungere  
Instituit; Pan curat oves oviumque magistros.

El médico más escrupuloso puede, sin vacilaciones, extender nuestra partida de defunción; morimos, entablillados de arriba á abajo y fajados como las momias. Nos quedan, sin embargo, un consuelo y una esperanza; ha muerto el Estado docente; nos falta saber qué podrá dar de sí un profesorado, no del Estado, sino de la Nación; no esclavo, sino con iniciativas; no irresponsable, sino libre y dueño de sus actos. Tal como estamos, tenemos el espíritu libre, pero atados los pies y las manos; somos verdaderos sultanes constitucionales.

La exposición de nuestros ideales sobre educación y enseñanza inspira lástima. Responde exactamente á nuestro estado de descomposición y de ruina. Unos piden al Estado escuelas, maestros, reformas, material científico y dinero, mucho dinero: son naufragos y el terror impide que tiendan sus brazos á la orilla salvadora; piden auxilio al abismo que los atrae y devora. El cadáver de la enseñanza oficial y uniformada que, en Francia, flota sobre mares de oro, no les dice nada; el estado de nuestra cultura agónica, tampoco; no escarmientan ni en cabeza ajena, ni en la propia.

El dinero, distribuido á manos llenas y á plazo fijo, es compañero inseparable del vicio y de la ostentación; aumentaría nuestras pretensiones, pero no nos haría más laboriosos. El sueldo fijo no ha sido nunca un es-





tímulo, ni un ideal; es más bien enemigo irreconciliable de todo ideal y de todo estímulo. La cinta de una carretera, mirada con antojeras, que no permiten desviar la vista á la derecha ni á la izquierda, nos abrumba y fatiga. Si la necesidad nos agujonea, andaremos á paso lento; jamás haremos un esfuerzo para correr. Las sorpresas, que nos aguardan, al doblar un otero ó al escalar la cresta de una montaña, recompensan ampliamente el cansancio de la subida; el camino recto, llano é invariablemente uniforme, no tiene sorpresas.

La riqueza, invertida en material científico, será forzosamente estéril, mientras sigamos así. El deseo de ostentación pondrá en nuestras manos artísticos y lujosos aparatos, verdaderas maravillas de precisión y delicadeza, que dirán á tiro de ballesta: *noli me tangere*; admírame, pero no me toques. Las casas constructoras de los aparatos, que figuran en nuestros gabinetes y laboratorios, podrían hacernos revelaciones muy interesantes é instructivas. Nos faltan herramientas de trabajo y nos sobran aparatos de lujo.

¡Maestros! ¡Más maestros! Esta es aspiración casi común á todos nuestros pedagogos y muy en boga ahora. Sin embargo,  $0+0+0+0=0$  y  $0X0X0X0=0$ . No necesitamos más maestros, sino maestros; y entiéndase que, al afirmar, en tesis general, que no tenemos maestros, no me refiero á su cultura; la inmensa mayoría la tienen suficiente; algunos, no escasos en número, son víctimas de ella; ¡como que estudian una enciclopedia! Doctrina cristiana, historia sagrada, lengua castellana, geografía, historia, aritmética, geometría, dibujo, caligrafía, física, química, historia natural, trabajos manuales, fisiología, higiene, gimnasia, pedagogía, prácticas de enseñanza y legislación escolar. Estas son las asignaturas, propias de las escuelas elementales de maestros. Tampoco me refiero á su moralidad, ni á su

mayor ó menor conocimiento de las formas, métodos y procedimientos de la pedagogía moderna. El maestro de escuela necesita para ser maestro, lo que necesitan todos los maestros de España: sacudir la tiranía de esta selva legislativa que nos ahoga, abrigar la certeza de que sus méritos y trabajos serán reconocidos y compensados en justa medida, no con un rasero común y llevar en su alma los gérmenes de un ideal, que le sostenga en el rudo y eterno batallar de la vida. Es increíble lo que consiguen algunos de estos mártires, sin más ideal que el noble deseo de mantener el honor y el buen nombre de la clase. Hace pocos años era Ansó, villa del Pirineo aragonés, famoso por su incultura; hoy es un pueblo modelo; el municipio abona al maestro y á la maestra el importe de sus ascensos y no les deja salir de allí.

Otros se encaran con estas solemnidades de apertura; las llaman carnavales científicas y se entristecen por hallarse envueltos entre estos mantos de vivo y lujoso colorido. También yo me siento algún tanto embarazado bajo el peso de estas ropas y procuro usarlas todo lo menos posible; no obstante; si es cierto el refrán; *aunque la vistan de seda, la mona, mona se queda*; también lo es que el que tenga el entendimiento romo y obtuso, vestido de levita; romo y obtuso lo tendrá con blusa de dril y pantalones de pana.

En cuanto á las materias que deben enseñarse, apenas se ha dicho nada. Los profesores de la Universidad seguíamos, salvo ligeras modificaciones, el orden de la Ley Moyano. A nadie se le ocurría pensar en la estructura y mecanismo de nuestras Facultades; vivíamos como si esa hubiera sido la única organización posible, hasta última hora en que al ministro le pareció oportuno reformar las de Letras y Ciencias. La reforma fué efficacísima; acabó con las dos Facultades; tenían estas una esfera de acción limitadísima; quisieron vestir las á



la europea é hicieron nada menos que siete Facultades; la rana quiso hincharse hasta adquirir el tamaño del buey y, naturalmente, reventó. ¿Cuándo se enterarán nuestros ministros de que hoy no se puede ser filósofo sin ser naturalista y matemático? ¿No han averiguado todavía que las más altas y trascendentales cuestiones científicas se ventilan en el campo, común á la filosofía y á las ciencias físicas y matemáticas?

Ya he dicho antes que acaso no haya leyes malas con jueces buenos; aquí la organización nos aplasta y es poderosa para matar toda energía. Es la enseñanza universitaria un árbol con la copa en el suelo y las raíces al aire y así andamos todos de cabeza. Las ciencias en España, son como pirámides invertidas; el vértice abajo, y la base arriba. ¿Cómo ha de ser posible el equilibrio? Nos aislamos, apenas echamos á andar. Por eso no podemos encontrarnos nunca. y, si alguna vez nos encontramos, chocamos como dos masas que se mueven en sentido contrario y se repelen ó se hacen polvo. Nada más fácil que poner de manifiesto la absurda organización de nuestras Facultades; pero sería un trabajo inútil. Para estos casos los ministros son las únicas fuentes de vida.

Los Institutos están satisfechos con su mundo aparte y en flamante enciclopedia general y técnica! Uno de los más entendidos pedagogos de la segunda enseñanza cifraba todas sus esperanzas en la creación del Ministerio de Instrucción pública: de su eficacia hemos dicho ya bastante. Lo único que ha levantado alguna polvareda y ha llegado á ser la clave de todas las reformas, que tan mal parada han dejado nuestra segunda enseñanza, ha sido el estudio del latín. ¿Y cómo no, si esa ha sido, en Francia, una de las cosas más discutidas durante medio siglo? Abro y leo. "Ya hemos dicho lo que ocurre respecto á las ventajas que el cono-

cimiento del latín proporciona para el uso de la lengua castellana. Si esto fuera cierto, no habría en Castilla cien personas que hablasen bien su lengua propia, porque no pasarán ni acaso llegarán á ese número, las que hayan aplicado sus conocimientos en la lengua latina, para hablar correctamente en castellano. Lo mismo repetimos de los escritores. A excepción de media docena de literatos veteranos, ¿quiénes, entre nuestros escritores más correctos y de mejor estilo, dominan el latín ó pueden emplearlo como norma y elemento de su magistral arte de escribir? Ninguno. Es España, por naturaleza, el país de los grandes oradores ¿Cuántos de ellos saben latín?," (1).

¡El latín no sirve para hablar, ni para pensar, ni para escribir en castellano! Esta manera de discurrir acusa una depresión mental verdaderamente horrible. ¡Como que es lógica de importación francesa! Ni para coger lagartijas, ni para mondar melocotones, ni para pescar calamares, ni .... Hay quien sospecha que se puede viajar en ferrocarril y aun navegar en galeras, sin saber latín.

Y luego hay quien se empeña en demostrar que ha existido una ciencia española. ¡Si nuestros antepasados no alcanzaron á descubrir que los campesinos de estas tierras castellanas hablaban, sin haber leído nunca á Cicerón!

¡Así andamos de medrados! ¡Para mirar de frente el castellano, necesitamos lentes de Alemania! La Academia no sabría decirnos, si el castellano es idioma vivo ó muerto, si no adoptaba el criterio de llamar vivos á los idiomas que se hablan. ¡El fin de la filología hablar, escribir y perorar en castellano!

¿Qué idea tendrán estos señores de la cultura é ideales de las razas y del espíritu de los pueblos y de las

(1) R. Becerro de Bengoa.—*La Enseñanza en el siglo XX.*





relaciones del lenguaje con el pensamiento y de la vida y muerte de los idiomas? ¿Si creerán que un pueblo cambia de alma, como un galán de corbata? Estos chappurreadores del francés nos proporcionarían una agradable distracción, si, en el fondo de sus ridículas excomuniones, no hubiera una nota dolorosa: resultan proféticas aquellas jactanciosas afirmaciones de Fichte, según las cuales, el pueblo alemán era el único capaz de comprender, de sentir y de aprovechar los tesoros de las civilizaciones antiguas. Descartado el cristianismo, es puramente helénica la savia de la educación inglesa; Alemania se esfuerza por crear un ideal de la vida, superior al ideal clásico. Hasta ahora no lo ha conseguido: Fausto es inferior á Helena: la diosa griega envuelve con su manto de armonía y de belleza el frío cadáver del doctor alemán. Inglaterra trabaja por restaurar los Juegos olímpicos, para que los pueblos y las razas luchen con nobleza y religiosa emulación: nosotros nos reimos de esas antiguallas; tenemos bastante con imitar el teatro, viril y edificante, de los suburbios de París.

Los únicos que, en España, se preocupan por lo asuntos pedagógicos, son los profesores de nuestras Normales. La política les ha confinado en un coto cerrado y les ha metido dentro un verdadero ejército de beocios: su labor no puede ser fecunda, porque debe atender á los variadísimos procedimientos, que el humano ingenio ha inventado, para enseñar á los niños las letras del alfabeto, y á las más altas especulaciones de una ciencia enciclopédica. Sus hombros no pueden sostener el peso de tanta sabiduría y están, como todo otro profesor español, aprisionados entre las mallas opresoras de nuestras leyes de enseñanza. Viven también á la defensiva y mientras no se les amenace de muerte, no sentirán levantarse en sus pechos las olea-

das de las grandes indignaciones, ni protestarán jamás de cualesquiera agravios que se les infieran. Y, sin embargo; ¡qué derroche de energías! ¡qué fervorosos entusiasmos! La conducta de muchos de ellos es admirable y ejemplar. ¡Lástima que se agiten en el vacío!

¡Socialicemos la Universidad! La Universidad española es un recinto frío, donde impera el silencio, compañero de la muerte. En épocas determinadas y á ciertas horas del día, se percibe el ruido de unos pasos y se oye el eco de unas palabras. Unas como sombras homéricas más ó menos numerosas, se deslizan sobre el pavimento y se retiran á una estancia, para conversar un rato con solemnidad rítmica y acompasada. Este ambiente hiela las almas; es necesario vivificar la Universidad. Hay que introducir en ella las abundosas y frescas corrientes de la vida; hay que abrir sus puertas para que penetren con entera libertad los rumores de la calle, los rayos del sol y el aliento de los aires libres. ¡Se intenta desplazar la Universidad, para que se ponga en contacto con las muchedumbres y las vivifique! ¡*Qui te consolari cupio, consolandus ipse sum!* ¡Desea convertirse en fuente de vida para los pueblos y se extiende su cédula de defunción! ¡Ha fracasado en su empresa y aspira á la redención de la sociedad! ¡Venid; yo muero, pero mi contacto os infundirá nueva vida! ¿Cómo hacer este milagro?

Por medio de la extensión universitaria. Trabajemos extra-muros y eduquemos al pueblo; y han venido las conferencias y los cursillos y las Universidades populares y han sido un fracaso ó un escabel ó un circo de bufonadas y acrobatismo. Caminamos de espaldas á la vida y á la sociedad y no podemos encontrarnos ni entendernos. Las telas de araña aprisionan las moscas que intentan atravesarlas, pero las arañas no pueden volar como las moscas; la disciplina de una oficina,



donde todo está reglamentado, no puede subsistir con los impulsos de la vida libre.

De la misma manera fracasaría, frente á la Universidad actual, la enseñanza libre, al estilo de la que se da, en las Universidades alemanas, por los doctores que aspiran al profesorado. La extensión universitaria y la enseñanza libre no pueden desarrollarse más que al lado de instituciones robustas y libres. Por eso fracasaron, en Francia, como ha fracasado en España, la extensión y fracasaría la institución de los doctores libres. (1).

La organización de nuestra enseñanza la hace incompatible con toda otra enseñanza. Tan pronto como el Estado la despojara del privilegio de monopolizar los títulos é imponer sus programas, sería vencida. Resultarían altamente instructivas las amistosas relaciones, que se entablarían entre el profesor oficial y el doctor libre, que, en el local de enfrente, explicara su asignatura con la misma validez. Y esto, no por fanatismo de raza, sino por exigencia de fueros y privilegios, que á nadie deprimen tanto como á los mismos que los disfrutan.

(1) "Las raras tentativas hechas en este sentido por la iniciativa privada, han sido objeto de las persecuciones de la Universidad en el momento en que han tenido éxito. Ella no tolera un poco sino á los que fracasan. Recuerdo que hace unos veinte años el Dr. F. abrió un curso privado de anatomía para los estudiantes de Medicina, al cual no podían asistir sino pagándolo muy caro, pero en donde estaban seguros de aprender anatomía, mientras en las lecciones oficiales de la Universidad aprendían muy poca cosa. Aunque estas últimas eran completamente gratuitas, los estudiantes desertaron de las aulas oficiales para asistir á las lecciones pagadas. El Dr. F., lo mismo que sus alumnos, fué objeto de tales persecuciones por parte de la Facultad, que al cabo de diez años de lucha, se vió obligado á cerrar su clase., Le Bon.—*Psicología de la educación*.—P. 25.

## VI

De cómo, al señalar los males de la enseñanza, se toma el rábano por las hojas y de la inutilidad de la ortopedia pedagógica

Contra los métodos, seguidos en la enseñanza, se desatan vengadoras las iras de todos nuestros pedagogos. El *magister dixit* es un tópico muy socorrido: de grado ó por fuerza ha de ser el defecto capital de nuestra enseñanza y ha de ser también un legado de nuestros padres, cuyos estragos nunca lamentaremos bastante. Unas cuantas protestas contra la autoridad y la ciencia hecha, masticada y digerida, bastan, entre nosotros, para alcanzar fama de pedagogo. Si á muchos de éstos se les prohibiera comentar y ridiculizar, con chistes mejor ó peor sazonados, la famosa sentencia, les ocurriría lo que á muchos políticos, si no se les consintiera sonar los cascabeles del anti-clericalismo; se quedarían mudos. Además, el *magister dixit* es, según estos críticos independientes, el nervio y casi el único recurso de toda enseñanza española y, por ende, clerical.

De nada sirve que San Agustín dijera: *tempore auctoritas, re autem, ratio potior est*; que Santo Tomás hiciera suyo el *locus ab auctoritate est infirmissimus* y agregara por su cuenta: *Alios autem ita lego, ut quantalibet sanctitate, doctrinaque præpollent*, (que por muy santos y sabios que sean) *non ideo verum putem quod ipsi ita senserunt vel scrip-*





*serunt*: que un español y fraile dominico se atreviera á escribir: *Sanctorum auctoritas, sive paucorum, sive plurium, cum ad eas facultates, affertur, quæ naturali lumine continentur, certa argumenta non suppeditat; sed tantum pollet, quantum ratio naturæ consentanea persuaserit*; que fuera otro fraile español el que afirmara que “es menester conciliar la reverencia que se debe á los santos, con la verdad que se debe á Dios.”

Todo esto es inútil; supone estudio; tal vez nos haría cambiar de opinión; ¿para qué molestarnos en revolver esas antiguallas? Y sobre todo, ¿no es más cómodo sostener que nadie, antes de nosotros, se ha atrevido á rechazar la autoridad humana como criterio de verdad? ¡Oh! Los librepensadores de *escalera abajo*, que decía Clarín, son terribles.

El verbalismo, el memorismo, la rutina y la ramplonería que infestan nuestra enseñanza, son también duramente flagelados por la implacable crítica moderna. Pero todo esto es perder el tiempo y andarse entre las ramas. Los vicios, como las malas hierbas, retoñan si no se arrancan de raíz, y la de estos vicios es muy honda.

Un campo abandonado se cubre inmediatamente de cardos y gatuñas; como un entendimiento ocioso se cubre de maleza. Las ideas, en un espíritu adocenado, se arrugan y apergaminan y es necesario cavar mucho para descubrir una gota de jugo debajo de una retórica de cascajo y hojarasca. Todos estos defectos, y otros muchos, no son propios de España, ni de estos tiempos, sino de todas las épocas y de todos los países donde no se trabaja. Son plantas parasitarias, que crecen vigorosas con la savia que les presta el árbol de la ociosidad. No desaparecerán mientras siga en pie la causa que las produce. Y en España no se trabaja, porque no

hay base, ni estímulo, ni ideales, ni libertad; y no hay nada de eso, porque lo mata el Estado y no lo habrá mientras haya sofistas que defiendan la tiranía del Estado docente, que es, como todas las tiranías, hija legítima de la cobardía, porque solo los cobardes han sido, son y serán tiranos.

Lo que no puede tolerarse, porque es criminal, es que estos defectos se achaquen á ineptitud é impotencia de la raza. Ahí está el observatorio del Ebro; ¿hace mal papel entre sus similares? Y eso que está dirigido por jesuitas, quienes, según han averiguado muy bien los Jeremías de la raza latina, no tienen cariño á nada y, además, se educan con un *Ratio studiorum* que mutila y enerva los entendimientos, después de haber secado los corazones. ¿Qué sería si estuvieran al frente esas lumbreras parlamentarias y pedagógicas, que consagran todas sus energías á la defensa de la cultura y de todo ideal progresivo y lloran amargamente sobre las ruinas de nuestras instituciones docentes y desconocen, por completo, los caminos que conducen al cajón del pan?

¡Textos, programas, exámenes! También son eflorescencias naturales de nuestro sistema de enseñanza. Se los ha combatido con verdadera saña; se han cargado á su cuenta todos los horrores imaginables: son materia de regocijados y catonianos discursos parlamentarios; se han atraído las iras de la prensa, que ha disparado sobre ellos columnas de prosa cerrada, saturada de adjetivos denigrantes; han quitado el sueño á nuestros ministros y han sido objeto de radicales y habilidosas disposiciones legislativas; se han escrito folletos y libros voluminosos, para presentarlos como enemigos de la sociedad y hasta se han celebrado verdaderos plebiscitos, requiriendo la opinión pública. Con el fin de hacerlos odiosos se ha apelado desde los tras-



tornos económicos, que llevan á las familias, hasta las perturbaciones fisiológicas, intelectuales y morales, que causan á los estudiantes.

Todas estas recriminaciones son de una candidez infantil y revelan una vez más que no se sabe ó no se quiere abordar el problema de frente. Eso equivale á retejar una casa, cuyos muros se cuartejan ó á calafatear un barco, cuya hélice no funciona y cuya quilla está destrozada. No; la culpa del asno no se ha de echar á la albarda. Mientras las Facultades y escuelas especiales sean como cuarteles regulares, tirados á cordel, y las asignaturas estén encasilladas y yuxtapuestas sin orden ni concierto alguno y las materias estén, como sembradas á voleo, donde caen; y se estudien discontinuamente y haya cuestionarios impresos, habrá exámenes y programas y textos y recomendaciones y complacencias y ciencia de Mayo, que desaparece como nube de verano. A todo cuestionario y á todo programa sucede siempre, con relación de verdadera causalidad, el texto consabido.

La generación del texto será inmoral y bochornosa, pero es fatalmente necesaria. Adquiéranse tantos y tales conocimientos, han dicho y dirán siempre todo cuestionario y todo programa. Acto seguido, aparecerán en los escaparates los artículos solicitados y dispuestos á gusto del consumidor. Y esto es inevitable y sería injusto prohibirlo, porque obedece á una ley biológica, la de la economía de las fuerzas, que lo mismo se cumple en el orden físico que en el orden moral y consiste en obtener, á la mayor rapidez posible, las mayores ventajas posibles, con el menor esfuerzo posible.

Lo admirable es que no se publiquen más y en peores condiciones: y, si no abundan tanto en otras materias, como en historia y matemáticas, por ejemplo, se debe á la dignidad del profesorado que, en medio de

tantas ruinas, conserva, en general, un alto sentido de moralidad y delicadeza; sin omitir tampoco la sobriedad que, en muchos casos, impone la escasez de los alumnos.

Hay textos superficiales, atrasados, llenos de errores, ininteligibles, malísimos; se dice á todas horas. ¡Naturalmente! Los textos son como deben ser y no pueden ser mejores. Se contesta á un cuestionario, hay que limitar su contenido, hay que adaptar su exposición al orden del programa; no se investiga nada, ni se tiene en cuenta fin alguno de carácter científico, no se defiende nada: embutida la ciencia que de antemano se exige en número, peso y medida, (y á veces en calidad,) cumple el texto su misión. Es, pues, inútil y ridículo pedir á los textos que recojan en sus páginas la última palabra de la ciencia.

No se han hecho para eso y, si se hicieran, dejarían de ser textos, es decir, compendio de respuestas á un cuestionario cualquiera.

¡Y hay quien aboga por el programa único y el cuestionario único! Aún, así seguiría la variedad de textos, pero el mayor inconveniente está en que todo cuestionario que imponga el orden, plan ó contenido de las asignaturas, basta para desviar la enseñanza de sus cauces naturales.

¡Los textos son un tráfico escandaloso! A veces. Contribuyen á ello la escasez de sueldo, la inmoralidad efectiva que no hay para qué negar, aunque afortunadamente, mancha pocos nombres y el ejemplo desmoralizador del Estado que promete doce y da diez, gracias á las altas especulaciones financieras del descuento.

No obstante, es tal la pujanza de esta raza española, que en medio de tantas trabas, hay catedráticos que escriben como sabios y textos que son verdaderas obras científicas y pueden codearse, sin desdoro, con las más





flamantes del extranjero. Son las abejas que trabajan sin zumbiar y viven alejadas de todo ruido público.

En España puede decirse. ¡Ay de los que han educado su garganta y no saben dar voces desacompañadas! Las cigarras y las hormigas, en sus relaciones con la prensa española, es el título de un libro que debiera publicarse sin pérdida de tiempo.

Los que no se contentan con estos estudios de patología externa y quieren hacer sus pinitos terapéuticos, muestran una vocación irresistible por la ortopedia parisién, berlinese ó londinense. ¿No seremos Hércules todos los españoles en cuanto agarremos la clava y echemos sobre nuestros hombros la piel del león nemeo? Todas las elegancias de la aristocracia francesa rendirán vasallaje á una campesina española, en cuanto la vistan los sastres de París. Convencidos de estas verdades siguen un procedimiento muy sencillo, que no será del todo acertado, pero que no puede ser más cómodo. Preparan su equipaje, montan en el rápido y se dan una vueltecita por París, Berlín y Londres; así suelen hacer los comerciantes pudientes al empezar las temporadas. Asisten á escuelas y liceos, seminarios y universidades; observan la distribución del tiempo, los métodos de trabajo, las materias que se cursan, los alumnos que asisten, los planes de enseñanza, los progresos de las ciencias, la actividad de los sabios, el culto que se rinde á la sabiduría, á la hermosura, á la fuerza y á la vida.

Al principio padecen alguna confusión; el contraste entre aquellas magnificencias y estas ruindades abate y ofende su amor propio; después la visión es más precisa, el horizontese ensancha, el entusiasmo crece. Todo se ilumina, todo se embellece y se hace sugestivo y encantador. Van llenándose de notas las hojas del cuaderno. Decididamente aquello es grandioso, magnífico, ideal. ¿Dónde estará el secreto de la vida? ¿Cuál será la

clave del enigma? ¿Serán estos suntuosos templos, levantados á la sabiduría, los que engrandecen á los pueblos? ¿Serán los pueblos grandes los únicos que sienten y practican la religión de la ciencia? ¿Qué es la sabiduría? ¿Un germen? ¿Un producto? Estas poderosas corrientes ¿nacén de una sola fuente? ¿Forman su caudal con la afluencia de pequeños arroyuelos que corren en todas direcciones? ¿Dónde están los asientos de este imperio?

Las líneas vuelven á perder su relieve, los contornos su precisión, el ambiente su claridad; los fenómenos se complican, los problemas aumentan, la observación se hace trabajosa y difícil. Yo no puedo detenerme tanto tiempo y he venido á buscar un remedio para la enseñanza de mi patria moribunda. Yo recuerdo haber leído, no sé en donde, que la justicia engrandecía á las naciones; pero ¿cómo dar cabida á la divisa de la justicia en los cuarteles de mi escudo de pedagogo? No, no; es imposible. *Scientia elevat gentes*. La cultura es la base del engrandecimiento de los pueblos; lo que se economiza en escuelas, se gasta en cárceles. ¿No lo han dicho legiones de franceses que fueron á estudiar en Alemania? Sea esta la primera fórmula de mi receta y el primer postulado de mi pedagogía.

¡Hay que elevar el nivel de nuestra cultura! ¿Y en qué consistirá la magia de la cultura? ¿En la desaparición total del analfabetismo? ¿En la formación de sabios que escalen las más elevadas cumbres del saber? ¿En la educación del carácter que vigorice los músculos y temple los espíritus para las recias luchas de la vida? ¿Y qué es el carácter? ¿Es una herencia que nos legaron nuestros padres? ¿Es un patrimonio que debemos labrarnos nosotros mismos á costa de nuestros sudores y de nuestra vida? ¿No es la educación una palanca capaz de remover el mundo? ¿Será una de tantas supersticiones? ¿Deberá ser el hombre una inteligencia servida por ór-



ganos? ¿No será nuestro ideal la ley del equilibrio y de la armonía *mens sana in corpore sano*? ¿Por dónde se llega antes al hombre ideal y completo? ¿Por la religión? ¿Por la ciencia? ¿Por la moral? ¿No han dicho Schiller y Guyan que la estética es la base más segura de toda educación sólida?

¡Fuera! ¡fuera! Despejemos la cabeza y huyamos de los laberintos. La vida es compleja; los hilos que forman su trama, proceden de distintos puntos. Flota en el ambiente algo sutil, espiritual, impalpable, que todo lo anima y lo pone todo en movimiento. Se percibe un rumor suave, como de seres invisibles, que atraviesan los espacios y van derramando á su paso las esencias de la vida. ¿Estas escuelas maravillosas no recibirán su vida potente del suelo que las sostiene, del muro que las circunda, del aire que las purifica y del sol que las alumbraba? Trasplantadas á otra parte ¿no morirán, como un miembro separado de su organismo?

¿Pero no he venido yo á buscar los últimos modelos de las instituciones docentes, para que puedan mis paisanos ir vestidos á la moda? ¡Sí! ¡sí! Necesito un específico para curar á mi enfermo; yo no he seguido con mucha atención el curso de su enfermedad; acaso esta medicina no sea del todo conveniente y eficaz; mas ¡no importa!

¡Españoles! El amor á esta patria desdichada me ha llevado á países extranjeros; allí he observado cómo se forman los hombres grandes de las naciones fuertes; ¿quereis conseguir vuestra ansiada regeneración? ¿De-seais *européizaros*? La imitación es el único recurso que os queda. Así se come, así se duerme, así se pasea, así se estudia, así se juega en París, en Londres y en Berlín. Necesitais escuelas como las inglesas, laboratorios como los de París, seminarios y doctores libres y Universidades como las de Alemania. Esta es su

organización; aquí teneis sus estadísticas: yo os muestro el aparato ortopédico que ha de corregir vuestras deformaciones: empotraos en él y echad á andar. ¡Lázaro! levántate y anda.

Y se viaja en artículos de enseñanza como en artículos de consumo; y no se trae la materia prima, sino los artículos fabricados; no las piezas sueltas, sino los mecanismos montados. Ni se hacen los zapatos á la medida de los pies, sino que hay que cepillar los pies para que se ajusten á la medida de los zapatos. Un tejido inglés abriga, es cierto, lo mismo en Madrid que en Londres; una escuela inglesa no puede educar en Madrid, porque á Madrid puede trasladarse el organismo de esa escuela, pero no su vida; su alma se quedará siempre en Inglaterra. El espíritu de los pueblos no se embala, ni se aprisiona en los departamentos de una caja de muestras.

## VII

Que los curanderos de nuestra enseñanza han redactado siempre sus prescripciones facultativas, de espaldas al enfermo

La crítica pedagógica española es certera, cuando trata de señalar los defectos; superficial, cuando se esfuerza por indagar las causas y pobrísima, al indicar los remedios. Ya hemos visto á qué se reduce su contenido: á pedir escuelas, graduadas ó sin graduar, maestros, material científico y dinero; á recabar medidas imposibles de caracter oficial contra los textos y á





discutir eternamente las ventajas ó inconvenientes de los exámenes, hechos en esta ó aquella forma, la supresión, continuación ó reforma de la segunda enseñanza, la extensión y autonomía universitaria, las pensiones para el extranjero y la necesidad de importar modelos franceses, ingleses ó alemanes para nuestras instituciones docentes. A veces pedimos más que un pobre; hay quien exige que se enseñe como en Francia, se investigue como en Alemania y se eduque como en Inglaterra. ¡Siempre de espaldas al enfermo!

La formación del hombre es mucho más complicada de lo que á primera vista pudiera parecer: influyen en ella, de muy distinto modo, la familia, la escuela, la sociedad y lo que bien pudiera llamarse el patrimonio pedagógico de la humanidad; es decir, todos aquellos elementos de educación y de cultura que los hombres han ido acumulando sin cesar á través de los siglos. La pedagogía escolar es la única que se ha estudiado de una manera consciente y sistemática; en la escuela conocen el maestro y el discípulo sus respectivas funciones de educador y educando; fuera de la escuela el hombre recibe una serie de influencias de muy distinto origen y eficacia. Un ademán, una mirada, una palabra, una acción, la contemplación de una escena de la vida, la presencia de un cuadro, la biografía de un hombre ilustre son otros tantos hilos por donde llegan al espíritu humano una serie de corrientes que se cruzan en todas direcciones, despiertan sensaciones, más ó menos intensas y van formando como un tesoro de energías, que enriquecen constantemente la vida de nuestra conciencia. Todo eso que los alemanes llaman pedagogía social y pedagogía inconsciente es para nosotros un artículo de lujo. Nosotros no hemos fijado nuestra atención más que en una parte insignificante de la pedagogía objetiva; escuelas, maestros, material

de enseñanza, formas, métodos y procedimientos y esto, de una manera abstracta y, por consiguiente, estéril en gran parte.

En España no tenemos enseñanza, ni la hemos tenido nunca, porque hemos prescindido siempre de un elemento capital en todo estudio pedagógico: del español. Todo tratado sobre enseñanza y educación del hombre ó de la mujer, del niño ó del adulto, es inútil y puede ser perjudicial, porque servirá para conducirnos á una esfera ideal, siempre lejana y, á veces, diametralmente opuesta á la realidad. Aquellas solemnes palabras con que Fichte inauguraba sus discursos, "hablo para alemanes y de cosas alemanas,, , deben ser la clave de toda pedagogía fecunda. Nosotros no lo hemos entendido así y hemos preferido inspirarnos en el espíritu de la revolución francesa; los filósofos de la edad media discutían arduamente sobre el nominalismo y el realismo; la revolución francesa se declaró francamente nominalista y legisló sobre derechos imaginarios para entes de razón no menos fantásticos que los derechos consignados en el código revolucionario.

¿Dónde está el hombre abstracto de la revolución? Hay franceses, rusos, polacos, alemanes, españoles; hombres puros, hombres abstractos, hombres que no lleven, impreso en su alma, el sello de una raza, de un pueblo, de una civilización, no los hay en ninguna parte. De aquí el desacuerdo constante y los choques violentos entre nuestras ideas y nuestros actos, entre nuestras leyes y nuestras costumbres. Hace más de un siglo que corremos tras un fantasma y, á cada paso, encontramos un obstáculo y, á cada obstáculo, sufrimos una caída y caemos, caemos y caemos y, sin duda, deben ser muy poderosas las energías de esta raza, cuando todavía no hemos desaparecido de entre los vivos.

No basta que el sembrador sea hábil y que la semi-



lla reuna excelentes condiciones; es indispensable conocer el terreno y prepararlo debidamente, para que germine la semilla. Y esto nunca lo han tenido en cuenta nuestros pedagogos.

Todos los elementos de que dispone la pedagogía tienen una virtualidad muy relativa, que depende, en no pequeña parte, de las condiciones del educando; por muy escasos que sean los alumnos de una clase ó escuela, necesita el maestro emplear una serie de recursos, que varían con la edad, con las facultades, con el temperamento y con las aficiones y tendencias de cada uno de ellos. Esto, que sucede aun tratándose de las formas y procedimientos de enseñanza, ocurre en mayor escala, cuando se quieren inculcar ideas de eficacia educadora y que sirvan como de base para la concepción de un ideal determinado y para la formación del carácter. No es lo mismo enseñar y, muchísimo menos educar á un español que á un alemán ó á un inglés. De ordinario habrá que poner en juego métodos de índole muy variada y, con frecuencia, radicalmente opuestos los unos á los otros.

Unos necesitan estímulos; á otros les conviene una prudente moderación; tal sentimiento, vigoroso entre los individuos de raza española, es perezoso y débil entre individuos de otra raza. Los hombres de temperamento sensible se irritan fácilmente y son impulsivos y precipitados en su conducta: éstos necesitan una disciplina severa, que les infunda el hábito de moderar sus nervios y les permita conservar la serenidad, cuando las oleadas de las pasiones amenazan perturbar la armonía entre la voluntad y el entendimiento.

Pecado capital de la enseñanza española ha sido siempre la falta de desarrollo y cultivo de la sensibilidad; predominan, entre nosotros, el intelectualismo y la lógica, debidos, en gran parte, á nuestra imagina-

ción ardiente y desenfrenada. Caminamos siempre en línea recta y nos impacientamos por llegar á la meta; en esta impaciencia hallaríamos la clave para comprender por qué en España alcanzan, casi siempre, su forma más aguda todas las aberraciones sociales. Nuestra estructura mental deriva las consecuencias de un principio, con un rigor inflexible; los doctrinarios españoles lo son por cálculo y siguen con el espíritu tan rígido y tieso como los radicales sistemáticos. En el orden político y en otros órdenes de la vida hay casos muy curiosos de este fenómeno. Entre nosotros, los más inquietos y movedizos, aquellos que hacen alarde de libar el jugo de todas las flores y de recorrer todas las sendas, suelen ser los más lógicos y unilaterales. Para llegar á ser ministro, es necesario renunciar á mantener la cerviz erguida y es de ver entonces la flexibilidad que desde este momento, adquiere el espinazo; se dobla ante los porteros de las casas grandes. ¡No hay que transigir con el error! Y aparecen esos caracteres, admirables por su entereza y por su dignidad á las cuales sacrifican, sin la menor vacilación, las comodidades y conveniencias de la vida; son producto genuinamente español esos hombres de talento extraordinario que podrían llegar fácilmente á las más altas cimas sociales y se contentan con vivir pobres y en el silencio.

Este abandono de la sensibilidad hace que nos aferramos fuertemente á las ideas y, tergiversando las cosas, nos fuerza á incurrir en confusiones lamentables; cien años llevamos, en España, hablando de tolerancia y todavía no hemos logrado entendernos. ¡Y eso que tenemos precedentes castizos en nuestra historia! La tolerancia con las ideas es indicio seguro de decrepitud mental; la intolerancia con las personas es impulso de barbarie. La vida es lucha y la ciencia también lo es. Los que rechazan la ciencia que se pone al servicio de





un ideal, de una doctrina ó de una tesis, no saben lo que dicen; la ciencia no ha tenido ni puede tener finalidad más alta; va siempre tras la solución de un problema, planteado de antemano; sin eso no habría ciencia. El afán de confirmar ó de rectificar los relatos de la Biblia ha hecho avanzar la ciencia más que todos los egoísmos industriales. En el fondo de todo problema científico hay un sentido religioso y éste es el que nos atrae; los sabios, que ensanchan la esfera de la ciencia, suelen pensar muy poco en los problemas de la industria; les sugiere mucho más la esfinge religiosa, que abre sus mandíbulas en todas partes, en los abismos del espacio, en las entrañas de la tierra, en los misterios del lenguaje, en las fuentes de la vida y en las sombras de la muerte. La misión de los filósofos parece ser la de hacerse polvo unos á otros; los ideales políticos están en constante agitación y no cesan un instante de combatir y en el orden puramente científico la guerra no suele ser menos encarnizada; doctrina contra doctrina, sistema contra sistema, hipótesis contra hipótesis, geometría contra geometría, geología contra geología. ¡Hasta las altas y serenas moradas de la mecánica celeste ha llegado y llega, cada vez con acentos más amenazadores, el rumor de la pelea. La duda, como estado mental, destruye el carácter, nos hace indecisos y vacilantes y es la ruina del entendimiento. La fé es decisión, entusiasmo, carácter, lucha, vida. Pero no olvidemos que, de la fé á la pretensión insensata de poseer la verdad absoluta, media un abismo. En España llega la intolerancia á verdaderos accesos de locura; pasaba hacia la estación del Norte de Madrid la comitiva, que acompañaba los restos de Zorrilla, el poeta; un catedrático de espíritu muy abierto y tolerante y muy librepensador, se asomó á la ventana—estábamos en clase—miró el desfile y largó una soflama contra los

que rendían aquel tributo de homenaje al poeta ilustre, ¡porque Zorrilla había sido un poeta romántico!

El arte y la literatura son los dos elementos más poderosos, para educar el sentimiento; por eso están en absoluto excluidos de la enseñanza española, porque, en España, no se enseña á comprender ni á sentir el arte, pero la literatura... con la literatura sucede algo peor: ya lo veremos luego. Y adviértase que la educación artística y literaria es necesaria á todo el mundo, pero á nosotros nos es indispensable, para corregir un defecto gravísimo de nuestro carácter nacional. Con esto queda demostrado que, en España, no se debe escribir sobre educación artística, en general, sino de la educación artística de los españoles, porque, en otros países, basta con que el arte sea alimento del espíritu, pero, entre nosotros, debe ser alimento y medicina al mismo tiempo. ¿Cómo sigue V.?

— ¡Muy mal, señor doctor! Pues entonces me voy á la casa de enfrente y desde allí, según vea, le mandaré la receta.

Por creer que, con estudiar un poco, de psicología barata, ya teníamos bastante, se han dictado leyes, á tontas y á locas, que lo mismo podían servirnos á nosotros que á los habitantes de Marte y no se ha tenido en cuenta un rasgo esencialísimo de nuestro carácter, alma de nuestra historia y esencia de nuestra vida; me refiero al individualismo que, en España, es anterior al aportado ó fomentado por los bárbaros y al más hondo y permanente, nacido y desarrollado al calor de las ideas y sentimientos cristianos. Y por eso nuestra enseñanza es y ha sido siempre, ahora como en sus mejores tiempos, ineficaz, perturbadora, nociva é inmoral. Cualquiera que sea el lugar, principal ó secundario, que á España corresponda ó haya correspondido, durante el transcurso de los siglos, en el mapa de las naciones



cultas, lo ha obtenido, no en virtud de su enseñanza, sino á pesar de ella.

Me explicaré. El individualismo es el sentimiento de más relieve en el alma española y el que le da carácter, adaptando á sus exigencias aún las mismas concepciones religiosas, á través de las cuales resalta siempre, pujante y brava el alma de la raza. Séneca, arrebatado por el delirio de la exaltación personal, menosprecia á los hombres y á las cosas y mira á los dioses con arrogancia, cara á cara, como de igual á igual. Nadie, que haya creído en los dioses, les ha tratado tan de potencia á potencia como el moralista cordobés. Hubiera acudido al campo del honor para batirse con ellos. De Prudencio á Santa Teresa corrieron algunos siglos y España atravesó grandes crisis; pero el sentimiento individualista permanece intacto y se yergue altivo; en el poeta aragonés, pisoteando las hogueras, los garfios y los potros de los tiranos: en la Santa castellana, llevando á cabo su obra de reforma con varonil tesón y abriendo con hercúleo brazo, en la roca viva de la virtud cristiana aquellas moradas regaladas, donde las almas puras pueden estar al abrigo de las tormentas de la vida.

La concepción de San Ignacio de Loyola es de un individualismo insuperable y española hasta la médula. De Tubal á nuestros días, no hay nada tan español como la Compañía de Jesús. Un soldado que, con los ojos clavados en el cielo, desafía á todo el mundo; eso es el jesuita. Hasta la hora presente no se conoce proyectil capaz de abrir brecha en su coraza. Esta idea merece un libro de pedagogía, que sería de altísima conveniencia para los españoles. La Universidad alemana, especie de Saturno, que todo lo devora y todo lo digiere, no se ha atrevido á devorarles todavía; teme una indigestión.

Indivil y Mandonio, Viriato, el Cid, el trágico y solemne *yo so, yo so* de D. Pedro el cruel, la nobleza castellana y aragonesa, la conquista de América, el simbolismo del alcalde de Zalamea, el *nada me parece justo—en siendo contra mi gusto* del atlético Segismundo; D. Quijote, los refranes *del rey abajo ninguno; debajo de mi manto al rey mato*, el *cada uno de nos vale tanto como vos*, son otros tantos casos de fulminante individualismo. Y no se crea que, en este particular, hayamos degenerado un ápice; estamos mucho más cerca de Séneca y de Lucano que de nuestros vecinos los franceses. La guerra de la independencia es la apoteosis del individualismo español. Las iras de un solo individuo costaban á los franceses mares de sangre, á todas horas y en todas partes.

Un alcalde rural declara la guerra á Napoleón; un baturro, caballero en su pollino, sale al campo, para hacer la guerra á los franceses; les escuenta y se dispone á hacer fuego sobre ellos. Hecho prisionero, declara que ha salido de casa, con provisiones para mucho tiempo, á matar franceses. El oficial, un poco mohino, entre compasivo y aterrado, manda que le dejen en libertad: el baturro se retira y, á los pocos minutos, rompe el fuego contra la división francesa y, antes de morir, acribillado á balazos, había puesto en peligro, con sus certeros disparos, la vida del oficial francés. El episodio de Blanca de Armendariz se repitió en casi todas las regiones españolas; deshecho el ejército, vencidos los hombres, quedan solas é indefensas las mujeres. No importa; el vencedor no está seguro, mientras quede una mujer española en cuyo pecho aliente el espíritu de la raza. Dice Ganivet con gran perspicacia que el ideal jurídico español sería llevar cada uno en el bolsillo una carta foral con este solo artículo: "Este español está autorizado para hacer lo que le dé la gana."





Este sentimiento informa nuestra vida y tiene una influencia decisiva en nuestra manera de ser. Es fuente principalísima de nuestras virtudes y defectos en la vida civil, como en la militar, literaria y científica. Impulsados por él, llegamos á la exaltación y al aplanamiento, al entusiasmo y á la desconfianza, al heroísmo y al desaliento, á la terquedad y á la inconstancia. Y efecto suyo es también ese negro pesimismo, que flota sobre el ambiente nacional y nos hunde en la indiferencia é inacción, propias de los que se declaran vencidos en la vida y se resignan con soportarlo.

Nos hace irreductibles, altivos é imperiosos; pretendemos que el mundo marche á medida de nuestros gustos y deseos y como, en esta lucha disparatada, somos siempre derrotados, nos ponemos frente á él, lo maldecimos y condenamos y nos hacemos *hombres de horas*, según decía el agudísimo Gracian, esto es, somos volubles, inconstantes, descontentadizos y el que hoy considera el universo como teatro pequeño para dar cabida á sus hazañas, mañana se dobla como un muñeco, al peso de una paja. El espíritu gregario de nuestros partidos políticos y la impotencia de una juventud intelectual, que se declara vencida antes de entrar en la vida é incapaz de todo trabajo serio, se dedica á contarnos dolores y miserias que no ha sentido nunca, son de la misma manera frutos naturales de ese árbol torcido.

Uno de los fines capitales de nuestra enseñanza y educación debiera ser inculcar á todas las gentes que el mundo es más fuerte que el hombre y arrolla al que sistemática y ciegamente se pone frente á él; pero que el trabajo y la constancia nos infunden alientos, para sostenernos de pie y que la asociación y la solidaridad centuplican nuestras energías y nos dan muchas probabilidades de triunfo. Nuestros legisladores han prescin-

dido de este punto de vista y los maestros antiguos y modernos, frente á discípulos caprichosos, rebeldes é indisciplinados, han tenido que apelar al tan inútil como salvaje recurso de la palmeta y la *letra con sangre entra*, ó al nocivo é inmoral de esa pedagogía sensiblera, que consiste en pasar al alumno la mano por la cara y acariciarle para que sea buen chico y en comentar de mil equivocadas maneras el *maxima puero debetur reverentia*, y en ponderar desmesuradamente los fueros de la personalidad escolar, y en deprimir al profesor que no sale á la calle, haciendo piruetas con los niños y en hacerles ver que la Escuela y el Instituto y la Universidad son una senda de flores, que deben recorrer, para recrear sus sentidos y que el estudio y el aprendizaje deben ser distracciones y juegos placenteros, que han de abandonar tan pronto como sientan la menor molestia. Estas ideas, que hoy sugestionan á casi todos los que hablan ó escriben de enseñanza, nos infunden hastío por el trabajo sano y robusto y nos inhabilitan para los rudos esfuerzos de la vida, que es, cada vez, más penosa y menos sensiblera. Hay catedráticos de esos que tienen ancha la conciencia y miran la cátedra como requisito para firmar la nómina, y llevan, con sus complacencias, al ánimo de los alumnos la convicción de que el estudio no es necesario para aprobar, á quienes debería procesarse por corruptores de menores. Estragan y arruinan moralmente á los alumnos y les pierden para toda su vida.

Véase si eran merecidos los duros calificativos aplicados más arriba á la enseñanza española y si es más razonable observar de cerca al enfermo, para someterle á un régimen prudente ó recorrer todas las clínicas europeas, enterarse de los últimos secretos terapéuticos y aplicarlos sin tener en cuenta para nada el carácter de la dolencia que padece.



### VIII

Sentido en que deben inspirarse las reformas de la enseñanza

No es, en España, obra de romanos la reconstitución de la enseñanza, á pesar de su postración [actual: no hacen falta presupuestos ruinosos, ni peregrinaciones en demanda de maestros que nos enseñen, ni codificaciones estériles, ni reformas revolucionarias que pretendan, con ridícula ceguedad, salvar por saltos el camino que no puede recorrerse sino con paso lento y por jornadas regulares. No es un enfermo que necesite remedios heroicos; es un organismo secuestrado y anémico, porque se le ha separado del ambiente tónico y fortificante en que debiera vivir. No es un árbol secular por cuyas gastadas raíces ya no circula la vida; es un retoño enclenque y raquítico, que no puede desarrollarse por falta de savia, de sol y de aire.

Dejemos que sus raíces vayan, con verdadera libertad, en busca de la sustancia vivificante que necesitan; que su copa tienda sus ramas en todas direcciones, para aspirar el aire puro y bañarse en la luz inmaculada y entonces tendremos derecho á esperar frutos sazonados y abundantes. Un poder oficial, por muy robusto que sea, no puede comunicar un movimiento ordenado y fecundo á mecanismo tan complicado como es el de la enseñanza. Las fuentes vivas de la sabiduría humana no brotan en las antecámaras de ningún ministerio. El imperio de la rutina es inevitable, donde no hay iniciativas; el trabajo es odioso y estéril, donde no hay

libertad; las fuerzas decaen, donde no hay estímulo.

¿Y qué razones hay para que el Estado monopolice la enseñanza y nos suministre cultura de munición? Dos; una de garbanceo y otra de cobardía. A cualquiera se le ocurre que todo servicio nacional debe establecerse para mayor honra y gloria y provecho de la nación; pero aquí estamos muy acostumbrados á convertir el adjetivo en sustantivo y por un escamoteo, que los españoles hacemos con envidiable destreza, invertimos los términos, convertimos lo accesorio en sustancial y, desde este momento, ya no son los servicios para la nación, sino la nación para los servicios. Se discute la libertad de enseñanza y el argumento fundamental, esgrimido por los partidarios del monopolio, es siempre el mismo. Si se permite enseñar á los que no tienen título ¿qué va á ser de los licenciados y doctores? Por eso los centros docentes son casas-amparo de señores licenciados y doctores y por eso el problema de la enseñanza se achica, en España, hasta quedar reducido á una vulgarísima cuestión de garbanceo.

Los partidos políticos españoles, que turnan en el poder, son organismos sin alma; no han pasado aun del año 1793, ni tienen, por consiguiente, más savia que la pobrísima que puede comunicarles la consagrada fórmula de *libertad, igualdad y fraternidad*. Los tiempos corren y los españoles, aunque muy tarde, nos hemos percatado de que, por muy libres, iguales y hermanos que seamos, es necesario atender á otras cosas, no menos interesantes y bastante más urgentes. Pero el tiempo no marcha para ellos y se empeñan en que sigamos ordeñando las secas ubres de la cabra revolucionaria: son estilitas impenitentes que se pasan la vida, escudo al brazo y lanza en ristre, prestos á arrojarse sobre el primer villano que se atreva á tocar un solo pelo de la cabruna barba.





A estas horas, el intelectualismo liberal está discutiendo este problema. ¿Somos nosotros liberales? ¿Hay liberales en España? ¿Cómo deben ser los liberales españoles? Las respuestas son sabrosas y las hay para todos los gustos; pero como no están aun muy seguros de su existencia, no pueden ofrecer un programa y las gentes les miran con tal indiferencia, que ven cercana la muerte, si se les despoja de los recursos que el poder pone en sus manos. *Inde ira.*

¿Habeis meditado, decía á los conservadores, un conspicuo liberal parlamentario, habeis meditado detenidamente qué es lo que va á ser de vosotros y de nosotros, si aprobais ese proyecto y no podemos disponer de alcaldes y municipios? ¿Cuál será nuestra suerte, dicen á coro todos los liberales, si concedemos á los españoles libertad de enseñar y de aprender? En cuatro días no quedaría en España un solo liberal; ¡si somos nosotros los primeros que enviamos nuestros hijos á que se eduquen en los establecimientos de las órdenes religiosas!

Pero lo que importa no es la educación de nuestros hijos, ni la de los hijos de los demás; es la defensa y robustecimiento del partido liberal. ¿Qué sería de España sin nosotros? Y se combate la autonomía municipal, porque debilitaría á los liberales, y se condena la libertad de enseñanza, porque mataría á los liberales y se excomulga la autonomía universitaria, atendiendo á las conveniencias de los liberales. No; las órdenes religiosas dedicarían muchos millones á la enseñanza, levantarían soberbios edificios, montarían laboratorios y gabinetes; ¡no! ¡no! ¡hay que prohibir que enseñen!

Y los liberales españoles, que no lo han sido nunca, ni podrán serlo jamás, porque tienen el espíritu ineducado y están inspirados por todas las musas de la intransigencia y del fanatismo, apelan al privilegio y á

los recursos de fuerza; creen en la tiranía y desconfían de la fuerza de sus ideales; son cobardes porque no tienen convicciones. Y la vida de municipios y regiones; y la agricultura y la industria y el comercio y la cultura y la defensa nacionales son verdaderas insignificancias frente á la altísima conveniencia de mantener ese ruinoso artefacto por cuya conservación ninguno de ellos daría una gota de su sangre. No lo dudeis; los ideales que no arraigan en la sociedad, están muertos ó viven todavía lejos de la realidad: las columnas de la *Gaceta* reprimen las energías, pero á la larga, son impotentes para resucitar muertos y para precipitar la marcha regular y solemne de las cosas.

Son éstas unas gentes adorables; nosotros, dicen, somos los pájaros del día, cuya fuerte pupila se dilata y robustece, tendiendo sus miradas por los anchos mares de la luz solar; vosotros sois las aves nocturnas, cuya apagada y débil mirada apenas puede resistir el resplandor mortecino de una lámpara de aceite. Y sin embargo, los cernícalos no quieren luchar, á campo abierto y á la luz del día, con las lechuzas. Necesitan poner en juego todas las trampas de las redes oficinescas y burocráticas. ¿No sois vosotros los espíritus abiertos y europeos, los que habeis quebrantado todas las cadenas opresoras del pensamiento y de la conciencia, los que teneis fé en la victoria indefectible de la ciencia? Venga, pues, la lucha; de escuela frente á escuela, de cátedra frente á cátedra, de tribuna frente á tribuna, sin cartas de privilegio, sin embozos ni madrigueras. Al vencido no han de faltarle, seguramente, los derechos de los muertos; una lágrima, una plegaria y un recuerdo piadoso.

¡España es un país enemigo de la cultura! Los españoles no imitan á los ciudadanos ingleses y americanos, que dedican sus riquezas á la difusión de la ense-



ñanza. "La iniciativa privada, más atenta que al fin pedagógico al interés personal, no ha hecho en España lo que en otros países realiza." (1). Esto se ha dicho solemnemente en Salamanca, la ciudad de los colegios y de las becas y de la Universidad. Aquí del baturro: ¿no decías que tenías que mandar unos dineros á Zaragoza? Allá van esos gitanos. ¡Mejor ocasión! El actual edificio del gobierno civil de esta provincia, espléndido colegio de la Universidad salmantina en otro tiempo, está arruinándose, porque el Estado no paga alquiler, ni hace reparación alguna; el excursionista, extranjero en la mayoría de los casos, se queda estupefacto ante los cristales rotos de la fachada principal y los destrozos, causados por las lluvias; el artesonado de la galería se está cayendo á pedazos. Hace muy pocos años, el Gobierno se ha apoderado de las últimas migajas que la Universidad había podido defender de la rapacidad insaciable del Estado; importaban varios millones de pesetas. Sé que un alma generosa se disponía á fundar algunas becas hace muy poco tiempo. Preguntó ... y desistió. Obispos y patronos andan de cabeza, para invertir en *finés pedagógicos* unos millones de reales, legado de la iniciativa privada; mucho será, si no se dedican á construir un asilo en Madrid. No obstante, la iniciativa privada ha hecho, desde las escuelas de Llodio, en Alava, hasta las de Manjón en Granada, más de lo que había derecho á esperar. Cuando el Estado inspire suficiente confianza y disminuya su poder absorbente y sepan los españoles que su voluntad será atendida y respetada, podrá decirse algo cierto sobre la eficacia de esta acción particular en la enseñanza. Se trata de una materia en que España tiene su valor probado.

(1) Discurso, pronunciado en Salamanca por el señor conde de Romanones, siendo ministro de Instrucción pública.

Esta libertad, que la enseñanza necesita, no es la anarquía, ni excluye la suprema inspección que al Estado corresponde en todo caso, ni siquiera la intervención más directa de los poderes públicos, cuando los organismos inferiores son negligentes ó ineptos para el desempeño de sus funciones. No debe limitarse á que los españoles tengan libertad de enseñar y aprender; hay que romper á todo trance las ataduras, que hoy impiden todo movimiento libre á los que enseñan y aprenden, cualquiera que sea su condición.

Pero no basta que la enseñanza sea libre; son necesarios estímulos que la sostengan é ideales que la guíen.

Yo quisiera tener una palabra de fuego para reducir á cenizas todas las preocupaciones que existan á favor del escalafón. Ese porvenir trazado á compás, que nos permite ir saltando, á plazo fijo, de escala en escala, de casilla en casilla, arruina fatalmente al profesorado y, con el profesorado, la enseñanza. Y téngase presente que es tan asolador el ascenso por escalafón sobre el cadáver de un compañero, como el ascenso por quinquemos sobre un pedazo de vida propia que dejamos á nuestra espalda. Para estos efectos, destructores de todo anhelo, de toda inquietud, de todo entusiasmo é ilusión, son absolutamente idénticos. Aunque nos duplicaran el sueldo, no se elevaría un milímetro el nivel de nuestra cultura. Es esta geometría infalible de la vida un elemento corrosivo, cuyos extragos solo pueden apreciar los que viven sometidos á ella.

Un catedrático, de 27 años de edad, decía. ¿No te parece muy triste la misión de un hombre, que ha nacido para explicar ésto, (aquí el título de su asignatura), tantos años, en tal sitio y en tal forma? He aquí un hombre, que en la flor de la juventud, ya no encuentra la razón de la vida. Y, sin embargo, tiene un entendimiento poderoso, una intuición rápida y clarísima y





una imaginación desenfrenada; pero su voluntad es individualista, española, necesita estímulos. En un estadio, cuando sintiera en su nuca el aliento del que venía pisándole los talones, arriesgaría su vida, porque nadie le pasara. En una Universidad alemana, rayaría donde rayaran los más altos; en una Universidad española, ha dado el salto de las oposiciones y no volverá á saltar. ¡Se le entumecen las piernas! Si las condiciones de la salvación eterna estuvieran determinadas en número, peso y medida con exactitud apreciable y exacta, no habría un santo, ni un apóstol, ni un mártir. ¡Hasta los árboles levantan con más rapidéz su copa, cuando la sombra de la espesura les impide ver la luz!

El maestro es el eje de la enseñanza; todos los demás elementos reunidos valen menos que él. Un maestro, sin estímulos ni ideales, sacaría en un palacio encantado los mismos discípulos que, si diera sus lecciones en una choza inmunda. El problema de la instrucción y de la educación españolas, en todos sus órdenes y grados, consiste sencillamente en transformar al empleado en maestro y esta transformación es fácil: no hacen falta milagros de ninguna clase ni sueldos de capitán general. Fijémonos por ejemplo, en el maestro de escuela. Bórrese toda la legislación escolar, que le impone el número, cantidad, calidad, orden, forma y tiempo en que ha de enseñar á los niños una enciclopedia ilusoria y ridícula y dígasele. Enseñe V. lo que quiera, como quiera y cuando quiera; á fin de año vendrá un inspector; no apreciará la habilidad de los papagayos, que V. haya amaestrado de antemano, ni los medios de que V. se sirva para conseguirlo.

Se fijará sencillamente en las diferencias que puedan existir entre la matrícula de los niños que asisten á la escuela y el censo de la población escolar. El que logre reducirlas á cero, será un maestro perfecto; los mé-

ritos se graduarán con arreglo á la mayor ó menor diferencia entre ambos censos. El inspector, además, examinará á los niños sin la intervención del maestro y con entera libertad, por individuos ó por grupos, pero sin programa de ninguna especie, ni preguntas convenidas de antemano, y así observará la cantidad y calidad de las cosas que V. les enseñe. Extensión y comprensión; tiempo invertido en acercar la primera á su mayor límite y en hacer la segunda tan intensa como sea posible. Este ha de ser el único deber que al maestro se le imponga. Tan pronto como haya conseguido que no falte á la escuela un solo niño ó haya reducido la no asistencia á la menor proporción posible y se considere aceptable su enseñanza, debe concedérsele un ascenso. Si en cuatro ó cinco años, no ha conseguido introducir mejoras sensibles en ningún sentido, prívesele de la escuela y búsquese otro maestro. Son los maestros para las escuelas y no las escuelas para los maestros. Bastaría que los inspectores estuvieran por su responsabilidad, categoría y posición al abrigo de todas las solicitudes, que tuvieran por objeto disminuir la diligencia ó atenuar la severidad en el cumplimiento de su deber. (1)

¿Y en los pueblos donde los padres abandonan la educación de sus hijos y les llevan al campo ó á la fábrica, cuando aun debían asistir á la escuela? Este es uno de los más graves obstáculos con que actualmente tiene que luchar el maestro y causa principalísima de la crecida proporción que alcanzan en España, los que

(1) Acabo de leer los horrores, que el señor Ministro cuenta de los maestros, los hay, dice, que abandonan su escuela y son recaudadores de contribución. En consecuencia se preparan nuevas medidas disciplinarias, para que todos cumplan con su deber. Todo será inútil; si el maestro no siente entusiasmo por la enseñanza, prestará mejores servicios, recaudando la contribución, que bostezando en la escuela. Y la disciplina no es capaz de entusiasmar á nadie.



no saben leer y escribir. Nuestros legisladores no han visto (ni ven, al parecer) más remedio que la estaca de la ley y, confiados en su omnipotencia, han decretado la instrucción obligatoria. No han comprendido todavía el escaso poder de la *Gaceta* y, á pesar de los artículos 7.º y 8.º de la ley del 57, las dos terceras partes de los españoles no saben leer.

La razón es clara. Todas las enseñanzas obligatorias, decretadas en todos los países del mundo y dando resultados inmejorables, serían ineficaces en España: basta conocer el espíritu y carácter de cualquier aldea española (exceptuadas, acaso, las provincias vascongadas), para adquirir la convicción plenisima de que la vara del alcalde será siempre impotente para conducir los chicos á la escuela; es más, el resultado sería contraproducente y fecundo en lances, cómicos unas veces y trágicos otras, si la autoridad local tomara en serio el cumplimiento de ese deber. No; los niños asistirán á la escuela, atraídos por el celo, por la solicitud y por el entusiasmo del maestro; en ningún caso llevados de las orejas por el alguacil. ¿Medios para conseguirlo? Le sobran. La perspectiva de un ascenso y la satisfacción del deber cumplido le harían ser maestro en todas partes; en la escuela se ganaría la voluntad de los niños, para que los más diligentes arrastraran á los más perezosos; en la plaza, en el café, en el campo, en todas partes, solicitará el apoyo de los padres, se esforzará por inculcarles las ventajas de la educación y acabará, no lo dudeis, por implantar la verdadera, la única enseñanza obligatoria que entre nosotros puede implantarse, no desde las columnas de la *Gaceta*, sino desde el corazón del maestro. Lo demás es gastar papel y perder el tiempo. Antes de cuatro años no habría más analfabetos que los anormales é incapaces. Desaparecería, en el acto, otra polilla de la enseñanza primaria,

la política. ¿Qué maestro se atrevería á alistarse en el bando del tío Pedro, que lucha con el bando del tío Juan?

En forma análoga y *servatis servandis*, podría cambiarse el espíritu de todo el profesorado y, desaparecido ese absurdo é infame rasero nivelador, que no permite á nadie levantar la cabeza un milímetro sobre el nivel comun, ni distingue entre la abeja y el zángano, veríamos la enseñanza transfigurada y podríamos apreciar las energías de esta raza que tiene todavía el espíritu virgen, mal que pese á todas las cornejas de los graznidos siniestros (1).

Yo bien sé que algún purísimo é inmaculado moralista kantiano arrugará el ceño y, desde las alturas del imperativo categórico, lanzará su anatema sobre esta pobre y desmedrada moral con esperanzas y temores, con castigos y recompensas; pero sé también que los alemanes se preparan, temen y esperan, á pesar de todos los imperativos categóricos; que los españoles, posteriores á Séneca, cuya moral es tan pura y desinteresada como la de Kant y anterior en 18 siglos, lucharon, esperaron y temieron y que á las cimas de la mo-

(1) Nada más sencillo que transformar del mismo modo el espíritu del profesorado. Lo esencial es la idea; procedimientos hay muchos y están al alcance de todas las fortunas intelectuales. Algo más difícil sería la reforma orgánica de la enseñanza; pero no es este momento oportuno para hablar de ella, porque sería tiempo perdido. ¡Si fuéramos á hacer caso de lo que dicen los catedráticos! En cierta casa ha llegado á ser sacramental esta fórmula.

Sin embargo: la enseñanza debe ser nacional y su cauce tan amplio, que puedan andar holgadamente por él todos los españoles. No deben separarse hasta que lo exijan las necesidades técnicas y profesionales. Debe crearse el organismo universitario y en él deben tener su firme asiento todas las especialidades y profesiones, como las ramas en el tronco del árbol. Debe arrasarse toda esa maleza que cubre nuestro suelo en forma de escuelas especiales, de artes y oficios, de comercio, industriales, etc. Son gravísimos los inconvenientes á que dá lugar este aislamiento de tantos mundos aparte y sin un solo lazo que los ponga en comunicación.





ral cristiana, más altas que toda moral filosófica, son pocos los que llegan en alas del amor; los más de los cristianos suben trabajosamente y sostenidos, en gran parte, por el temor y por la esperanza. No necesitamos esa moral, que, para usos retóricos y efectistas, andan pregonando los superhombres modernos; nos basta una moral más humilde, con tal que esté fermentada con un poco de levadura cristiana.

## IX.

Unico ideal posible para vivificar y sostener nuestra enseñanza

La voluntad del hombre es flaca y tiene sus desmayos; es necesario que se vea enardecida por el calor de una llama inextinguible; la vida es una batalla continuada contra los enemigos de nuestro cuerpo, contra los enemigos de nuestra alma y contra los enemigos de todas las ansiedades, anhelos é ilusiones de nuestro corazón insaciable.

La calma y el reposo se avienen mal con nuestro espíritu movedido é inquieto. ¿Qué importa la sangre humedecer la tierra que pisamos? Las tiras de piel con las cuales orlamos la senda de nuestra vida, no deben hacernos desfallecer. Cada caída debe comunicarnos nuevas energías, que nos permitan avanzar y luchar ¡Ay de aquél que se rinde á la fatiga y al cansancio! El reposo es la muerte y el descanso nos acerca á ella. La

lucha debe rejuvenecernos, como á Anteo el contacto de la tierra; sólo ella es capaz de temblar y robustecer nuestras almas. "Para que el roble adquiriera su fortaleza, necesita presenciar muchas revoluciones solares. En cambio, en una noche de luna salen los hongos,".

Esta obra de fortaleza es la obra de la fé. Sin ella no hay vida, porque no hay lucha, y no hay lucha, porque no hay voluntad; no preguntéis al apóstol, si triunfarán sus doctrinas; opond á su paso las montañas y pasará sobre ellas, como si anduviera sobre una alfombra de césped; abrid el abismo ante sus piés y, fuertemente aferrado á su borde, lo sondeará sin vértigos y lo salvará con la briosa rapidéz del águila. La fé tiende á nuestro paso su manto de flores y los encantos de sus aromas nos infunden alientos y suavizan el dolor de las espinas, que desgarran nuestras plantas.

¿Veis aquel anciano, que inclina su cuerpo al peso de los años? El placer ha secado para él todas sus fuentes y su alma se anega en los abismos sin fondo del dolor. Arrastra pesadamente los pies y su faz, rugosa y demacrada, anuncia la acción del tiempo destructor. Preguntadle, si desea abandonar la pesada carga y os responderá asombrado. Nunca han sido tan fuertes, como ahora, los lazos que me atan á la vida. Espero, que mis hijos serán dignos de mí y ansío ver que lo son. Cuando, fuera de peligro, les vea recorrer, firmes y animosos, el camino de la vida, moriré contento. Hasta entonces no me habléis de la muerte; su nombre me desgarrá el corazón. Una sola gota de la felicidad que inunda su alma, al contemplar la carrera triunfal de sus hijos, endulza todas las hieles y amargas de la vida. La fe nos devuelve con creces las fuerzas que el tiempo gasta: para ella no hay jóvenes ni viejos; todos son igualmente fuertes é invencibles. Los hombres, como los pueblos que luchan, tienen la vida asegurada



por largos años; por el contrario, los que carecen de fe, individuos ó naciones, no viven; soportan la vida y el que se limita á soportar la vida, está vencido y moralmente muerto. Se ha dicho con profundo sentido que "un pueblo nunca ha sobrevivido largo tiempo á la muerte de sus dioses.,,

La misión de la enseñanza española y, muy especialmente de la enseñanza universitaria, es mantener siempre encendida la llama de ese ideal; misión ardua y de grave responsabilidad, que no rebasa, sin embargo, el alcance de nuestras fuerzas. El manto de luto que algunos espíritus pesimistas pretenden echar sobre toda la raza latina, servirá de sudario para envolverles á ellos. En España no ha desaparecido la fé; está aletargada y oculta bajo la espesa costra que sobre ella han arrojado nuestras ruines y desbordadas pasiones; rompámosla y saldrán á flor de tierra las oleadas de vida, hoy contenidas por los diques que levantan nuestros odios y discordias intestinas. ¡España moribunda! ¿Quién infundió aliento á los pueblos del Norte, cuando Napoleón oprimía la cerviz de Europa con sus plantas victoriosas? ¿Dónde estaba entonces el poder de los titanes? ¿Qué pueblo, en su apogeo, ha derrochado tantas energías como España, en su aparente agonía? ¡España vencida! ¡España desolada é impotente! ¡No! Los vencidos han sido los gobiernos, que han puesto precio á las cosas y han condicionado nuestros derechos. ¿Quién ordenó la rendición de nuestros soldados? ¿Quién ha derrotado á nuestro pueblo? ¿No hubo banderas, que vinieron desplegadas desde los campos de Cuba hasta los puertos españoles, cruzando sin humillarse las calles de la Habana? ¿Qué dirían esas banderas de nuestros desastres? ¿Qué nación no ha tejido, además, la trama de su historia con victorias y derrotas?

Conservemos nuestra fe; la fe en nuestro pasado y

la fe en nuestro porvenir. Seamos hijos de nuestros padres y padres de nuestros hijos; no busquemos entronques bastardos, ni nos resignemos con el oficio de sepultureros. El que declara incompatible el amor á los padres con el amor á los hijos, es un corazón pequeño y egoísta que no ama á unos ni á otros. Aceptemos sin reservas la herencia paterna; mejorémosla, si á tanto alcanzan nuestras fuerzas y levántese sobre ella la fortuna de nuestros hijos. Lloremos, en silencio y con lágrimas de sangre, los defectos de nuestros padres; no salgamos á la calle pregonando impiamente las desnudeces de la que nos dió el ser. ¿Por qué no han de fundirse estos dos amores en una suprema unidad espiritual en que todos los españoles podamos comulgar? Estos odios y rencores que nos mantienen siempre en acecho, ¿no son un suicidio y una locura? La mitad de los españoles nos dedicamos á atar las manos á la otra mitad; en perpetua guerra civil no hemos conseguido aniquilarnos. ¿A dónde llegaríamos todos unidos? La solidaridad y la colaboración multiplicarían nuestras fuerzas; dos españoles aislados valen como dos; unidos valdrían como cinco y no desfallecerían jamás. ¿Por qué odiarnos sin habernos tratado y, á veces, sin habernos conocido?

¿Y cuál es la manzana de nuestras discordias? Hay que hablar claro y sin rodeos: los odios africanos, que han ensangrentado nuestros campos y han esterilizado las cuatro quintas partes de nuestros trabajos, son debidos á nuestras disensiones religiosas. Este es el único terreno en que no podemos entendernos; nuestros liberales no se enardecen más que con el espectro de la reacción. La *ola negra* les transforma en noveles y ardorosos caballeros que acaban de recibir el espaldarazo; para los demás efectos de la vida nacional son hermanos durmientes. Se han empeñado en descatoli-





zar á España y pierden miserablemente el tiempo. El sentimiento religioso que, para nosotros, ha sido, es y será el católico, se ha fundido en nuestra conciencia de tal suerte, que no puede separarse sin desgarrar el alma nacional y lo llevamos tan metido en la médula, que continúan siendo católicos por dentro, aun aquellos, que á imitación de Anibal á los romanos, han jurado odio eterno al catolicismo. Hay españoles que llevan 60 años, sin hacer otra cosa que combatir la religión y renegar de los curas; los llevan metidos dentro y no pueden desentenderse de ellos.

Tan cierto es esto, que nuestros liberales no sienten la menor inquietud religiosa, ni acuden, en busca de armas ofensivas, al arsenal riquísimo de esa ciencia de las religiones, que tanto desarrollo ha adquirido en otros países de verdadera lucha religiosa. Aquí nadie se entusiasma con la religión milagrosa de los saludadores, ni con el culto á Lucifer, ni con la religión, sin dogmas, de pensadores y literatos, ni con la imitación de nuestro señor y maestro Goethe; ¡ni siquiera crispamos nuestros puños, como Richepín, para espantar á los dioses!

La alta cultura de la irreligiosidad española no ha pasado todavía de Voltaire, Renan y los *Conflictos* de Draper: para usos internos y de aplicación á la historia de España bastan los terribles folletos anti-inquisitoriales, inspirados en las obras del canónigo y afrancesado Llorente. Todavía se emociona nuestro Parlamento con aquello de *¡las almas aprisionadas entre las mallas del dogma!* Ciertos pujos de psicologismo, más ó menos luterano, tampoco encuentran eco entre nosotros.

Todo esto de la irreligiosidad, en España, es erisipela pura; no pasa de la piel. Bastan unas gotas de agua blanca, para que desaparezca: así se explican las anomalías aparentes de muchos hogares españoles y

las salvedades en los discursos parlamentarios y los cambios de postura, que tanto abundan en nuestra historia política. En cuanto estos descatalogadores se convencen (¡y ya han tenido tiempo!) de que no hacen más que rascar con puntas de retama verde la piel de un elefante, se acabarán nuestras discordias. Llenen sus alforjas con otras cosas que no sean los roncós y cascados cencerros del anti-clericalismo y todos formáremos en sus filas como un solo hombre. Los vientos de la libertad no han de producirnos el más ligero catarro; estamos acostumbrados á ellos. Ni hay libertad posible sin una religiosidad profunda. Los que miran al cielo llevan erguido el espinazo, los que miran á la tierra, cada vez hunden más en el suelo su mirada.

Aquellos baturros que, á empujones, querían llevarse á su pueblo el templo del Pilar, podrían daros lecciones de sensatez y de cordura. Como los filósofos de la revolución francesa, quereis hacer añicos la obra secular de la humanidad. Descartais, como hojarasca inútil, las leyes, las costumbres, las tradiciones, la cultura, la civilización, la historia, y, en el fondo vacío de esas ruinas, buscáis, en vano, al hombre puro, racional, igual y libre de las profundas huellas que, en su cuerpo y en su alma, ha impreso la historia. *Proprium est carum* concluyen todas las concepciones de la historia y de la vida. *Propria delenda* decís vosotros con los teorizantes revolucionarios. ¡Abajo nuestra incultura y fanatismo, nuestra rudeza y grosería, nuestra rapacidad insaciable y nuestra vanidad nacional! ¡Abajo las glorias *humosas* de nuestra historia! Y arrojais el descrédito y el ridículo sobre la memoria de nuestros ascendientes; y rebuscadores de miserias espirituales, no alcanzais á descubrir, en nuestro pasado, ni una acción plausible, ni una empresa justa, ni una virtud sincera.

Estais en pugna con todos los ideales de la pedago-



gía moderna; con el evolucionista, que nos aconseja la fortaleza para vencer en la lucha por la vida; con el clásico, que establece la armonía entre el espíritu y la materia; con el utilitario, que clasifica las ciencias por la utilidad inmediata que pueden reportarnos; con el panteista de los alemanes que rinde culto á las razas, como formas distintas á través de las cuales se revela el pensamiento de la Divinidad; con el cristiano que nos exige la elevación del entendimiento y la limpieza del corazón. Todos ellos pretenden afirmar sobre las raíces del pasado la grandeza del porvenir. En las tablas de la historia, donde están pintadas las hazañas de sus padres, recrean y enardecen su espíritu los pueblos que tienen fe en su fortaleza.

Quién podría calcular la fuerza educadora de las profundas emociones que conmueven á los ingleses en sus fiestas nacionales? El himno nacional, entonado á un mismo tiempo en todos los rincones de su vasto imperio, ¿no es una oda triunfal en cuyas estrofas vibran, robustos y poderosos, el entusiasmo de los vivos y el cariño religioso de los muertos? Oid la voz de un maestro alemán, que trata de afianzar el vigoroso idealismo de su raza. "Despertad en el niño una satisfacción consciente de pertenecer á la nación alemana y no á otra alguna; base de su bienestar debe ser la idea de vivir según el modelo de sus nobles antepasados; debe esforzarse por no ser indigno de una raza que ha afirmado su derecho delante de Dios y delante del mundo."

Aquí preferimos el sistema francés; renegar de nosotros mismos y maldecir de nuestros padres. Solo así son posibles esos monstruos de imbecilidad é idiotismo, que dan sobresaliente á sus discípulos por llenar de inmundicia el nombre de Felipe II ó de los Reyes Católicos. El término de vuestra carrera, si Dios y el resto de los españoles no lo impidieran, sería el ideal del *her-*

*vetismo* francés: arrastrar la bandera por las cuadras del cuartel y mancharla con su cieno: allí iríais á parar por las anchas vías que, en la educación nacional, va abriendo la *Escuela Moderna* de Barcelona. Cuando en todas partes se despierta un sentimiento de profunda veneración por aquellos que nos precedieron en su paso por el mundo y nos dieron el ser, á nosotros nos invade un insano furor iconoclasta; nuestras herramientas predilectas son la segur y la piqueta; nos hacemos la ilusión de que crecemos, achicando á los demás.

Reparemos tanta injusticia y reconozcamos que no son nuestros antecesores menos dignos de consideración y respeto; también ellos han afirmado sus derechos en presencia de Dios y delante de la historia, han derramado su sangre generosa para rescatar á Europa de la barbarie, han rendido culto al honor, han sido fieles á la palabra jurada, han acometido empresas arriesgadas, han sacado de las tinieblas á pueblos numerosos y les han infundido su savia con generosidad no igualada todavía. Amémosles y sintámonos orgullosos de ser sus hijos. ¡No nos avergoncemos de ser españoles! ¡Seamos dignos de ellos y seremos dignos de nuestros hijos!

Pero ¿es posible amar lo que no se conoce? ¡Pobre enseñanza española! ¡Los manes irritados de nuestros padres escarnecidos pesan sobre tí! ¡Cuán grave es tu responsabilidad! ¡Has ultrajado su memoria y has ahogado la voz de aquellos pocos, que ensalzaban sus virtudes! Enmienda tu pecado y celebra, vestida de gala y entre públicos regocijos, un auto de fe con la gramática de la Academia, con todos los manuales de historia de España y con todos los manuales de literatura española. Ellos empobrecen y encanijan tu lengua; por ellos las gentes leídas no entienden ni aman el lenguaje, rico y castizo, de tu pueblo; contrahacen y deforman nues-



tra historia, hacen de nuestra literatura un catálogo empalagoso donde no se leen más que nombres, fechas, títulos, números é inscripciones sepulcrales; nos alejan de nuestros padres y nos prohíben escuchar su voz: por ellos aborrecemos nuestra lengua, nuestra literatura, nuestra historia y á nuestros padres. Sí; quémalos todos y limpia de tanta carcoma los estantes de tus bibliotecas (1).

Si no tienes dinero; si nadie te lo quiere dar, haz un sacrificio, muy doloroso, pero más necesario que doloroso; un noble arruinado debe vender sus blasones, para matar el hambre de sus hijos: un pergamino es un título de nobleza, pero es empresa divina la salud de nuestros hijos. Vende tus manuscritos, tus códigos, tus incunables; todos los ejemplares preciosos de tus viejas bibliotecas. Edita á millones las obras de nuestros poetas é historiadores, de nuestros novelistas y dramaturgos, de nuestros sabios y filósofos é inunda con ellas los hogares, las Escuelas, los Institutos y las Universidades. Dejen de ser patrimonio, codiciado de bibliófilos potentados, libros que deben andar en manos de todos los españoles (2). Sí; que sueñen los niños con las leyendas del Cid; que se estremezca la juventud con las hazañas de Roger de Lauria y de Hernán Cortés; que

(1) Claro es que no juzgo los manuales por su mérito relativo, sino por su mérito absoluto. Son todos esencialmente malos. La gramática de la Academia es un feto que, por higiene pública, debía estar enterrado hace mucho tiempo.

La crítica es de alta cultura, ni es posible sino para quien conoce las obras; como se estila entre nosotros, es nociva é inútil; nuestros alumnos de Letras ven, á lo sumo, algún que otro libro por el forro.

(2) Los autores españoles, conveniente y gradualmente clasificados, deben leerse en todos los cursos de todas las carreras y profesiones: desde la escuela de niños hasta la Universidad. Háganse de todos ellos ediciones de 25 á 50 céntimos y establézcase un curso de lecturas en todos los grados de todas las enseñanzas. Los comentarios gramaticales y de técnica literaria deben hacerse sucesivamente en vista de los textos y en muy pequeñas dosis.

se deleiten los ociosos con las empresas de Rinconete y Cortadillo, con las locuras de D. Quijote ó con los lances y encrucijadas de nuestras comedias; que aprendan los políticos, que mediten los teólogos, que estudien los moralistas; que todos conozcamos de cerca, sin intermediarios, ni lentes de ninguna clase á nuestros antecesores y entonces veremos si se elevan nuestras ideas y se purifican nuestros sentimientos y se aplacan nuestras discordias y se enardecen nuestros pechos y tenemos valor y aliento para mirar de frente el porvenir de nuestros hijos, de nuestra patria y de nosotros mismos.

Tal es, ó tal me parece á mí, la situación de la Universidad española. No he tratado de disimular sus defectos, ni he querido cubrir nuestras heridas con el manto de oro, que muchos nombres ilustres, honra del profesorado y de la patria, hubieran tendido sobre ellas con piadosa generosidad. Su mérito es tanto mayor, cuanto mayores son las enormes dificultades, que tienen que vencer, su número, superior á cuanto pudiera soñar el más optimista: ¡que parece misión especial, reservada á esta raza española, la de ser una contradicción viviente del positivismo determinista y aún de la lógica natural!

En las grandes catástrofes nacionales, en las crisis más hondas, precursoras de la muerte, ha sabido siempre templar y purificar su espíritu y ha recobrado nuevos bríos, para continuar su gloriosa carrera, llenando de admiración y de terror á los que estaban esperando el término de su agonía, para repartirse sus despojos.

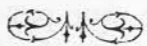
La Universidad debe sentir y siente profunda vene-



ración por sus grandes prestigios; pero no es lícito que viva á su sombra; si ha de ser robusta y poderosa, debe apoyarse en el trabajo fecundo y constante de todos sus hijos.

HE DICHO.

*Domingo Miral*



X640879348  
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
  
640184706X

  
UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA  
GREDOS.USAL.ES